

8^a EDICIÓN
VOLUMEN 1



ESPECIAL DE TERRITORIOS ANIMALES

**PALESTINA Y EL ARMA
QUE NADIE QUIERE EMBARGAR,
LA ANIMALIZACIÓN**

CIUDAD ANTIESPECISTA

**DESPLAZAMIENTO FORZADO
EN FAUNA SILVESTRE**

ESCRITOS
ECOLOGISTAS

REALIDAD
COLOMBIANA



Director Pedro Rubio

Equipo editorial Alejandra Ramos, Aruma Rios,
Carlos Crespo, Hernán Burbano
Díaz, Fabián Quintero, Héctor
Barajas, Iván Vásquez, John
Jairo Quitián, Nicol Guzmán,
Natalia Rincón, Nicolás
Jiménez, Tatiana Cuenca.

Diseño-diagramación Natalia Rincón
Apoyo: Carolina Rubiano

Portada Autora: LaBurgos
Título: La selva de concreto
Técnica: pintura digital

Agradecimientos

A todas las personas y colectividades que respondieron a la convocatoria aportando con sus reflexiones y creaciones a la construcción de esta edición; al equipo editorial por la suma de esfuerzos y voluntades; y a quienes vinculan coherentemente la defensa de los territorios con la lucha por la liberación animal.

Edición noviembre de 2025.
ISSN (En línea) 2744-9378
Bogotá, Colombia.
<http://www.animalesysociedad.com>



Imagen de Alexa en Pixabay

Editorial

Realidad colombiana

Desplazamiento forzado en fauna silvestre	10
Entramado biocultural	16
Mi amigo el copetón	18
Los perros "callejeros" de Madrid, Cundinamarca y sus cuidadoras, una lucha por el reconocimiento social y político	22

Cuestiones antiespecistas

Bioxenofobia o la idea de territorios puros	30
Reivindicación de los animales no humanos como habitantes legítimos del territorio	38
Resistencias más-que-humanas desde los márgenes. Sentipensares desde Tlacuy	44
Diario de una observadora de palomas	52

Escritos ecologistas

Viajeras: un recorrido por los ecosistemas mosquerunos	63
En el acuoso lenguaje de la tierra: maritorio y la enseñanza de las tortugas	66

Alimentación vegana

Alimentarnos en re(d)lación como pedagogía: un ensayo crítico que explora las intersecciones entre el sistema agroalimentario globalizado, las agroecologías y el antiespecismo	75
Vaca lechera	83
Serpiente de maíz	84

Contraculturas antiespecistas

El azul no nos pertenece: una mirada antiespecista desde la fotografía submarina	88
Lo que dejé entre los árboles	94
Ciudad (anti) especista	98
"Espejos" y "Comunidad de juguete"	104

Internacional

Palestina y el arma que nadie quiere embargar, la animalización	110
Super la Criatura	124
Pensar las territorialidades marinas desde su co-producción multiespecie entre las orcas ibéricas y personas en el estrecho de Gibraltar	131



EDITORIAL

En esta octava edición de la revista *Animales & Sociedad*, nos sumergimos en un tema fundamental: las relaciones que todos los animales –humanos y de otras especies– mantenemos con los territorios que habitamos.

¿Qué se nos viene a la cabeza cuando pensamos en la palabra territorio? Quizás un mapa, las fronteras de un país, la calle donde vivimos, nuestro barrio, nuestra tierra y nuestras raíces. Generalmente, pensamos en algo que es nuestro, algo humano. Pero, ¿qué pasa si planteamos el territorio como algo mucho más vivo, profundo y compartido de lo que creemos? Eso es justamente lo que quisimos explorar en esta edición de la revista *Animales & Sociedad*.

No trata solo de mapas o fronteras políticas, vamos mucho más allá. Esta edición explora la coexistencia y los conflictos que surgen cuando distintas especies compartimos un mismo espacio geográfico, hábitat, ecosistema o territorio, especialmente debido a la relación desfavorable que tienen los animales de otras especies con el animal humano. Por eso, nos interesa abordar las resistencias y reivindicaciones de quienes defienden sus lugares de vida y, sobre todo, las formas complejas en que los animales no humanos construyen, habitan y defienden sus propios territorios.

Se leerá sobre la vida misma, sobre cómo todos los animales nos relacionamos con los lugares que llamamos hogar. No se enfoca en análisis fríos y académicos, sino que abre una ventana a historias de coexistencia, a veces pacífica, a veces conflictiva. Aborda luchas silenciosas que ocurren cada día en parques, campos y ciudades.

Esta edición es una compilación de experiencias, reflexiones y miradas de activistas, artistas, colectivas y pensadoras que nos ayudan a comprender los territorios desde una mirada más compleja y profunda, y que nos cuentan cómo los animales no humanos sienten, perciben, piensan y viven el territorio más allá de la mirada humana.

La razón por la que hemos elegido este tema en esta edición se encuentra dentro del corazón de nuestra propuesta antiespecista, y por eso es de vital importancia. Elegimos hablar de territorios porque, históricamente, este concepto ha sido dominado por una visión totalmente antropocéntrica; es decir, centrada en lo humano y, por tanto, es una versión incompleta de la historia.

Tradicionalmente, el territorio se ha entendido como un derecho exclusivo de los Estados, un espacio que diferencia un “nosotros(as)” de los(as) “otros(as)”, una herramienta para legitimar fronteras políticas y económicas o un símbolo de



Imagen de GUDE PAVAN en Pixabay

identidad cultural humana. Esta visión antropocéntrica reduce el territorio a propiedad y control, y nos enseñó a ver el mundo como dominio de la especie humana. Bajo esta lógica, el territorio se ha usado para colonizar, para trazar fronteras, para levantar muros y para decir "esto es propiedad de otro y no tuyo". Y en esa historia, convenientemente, se han invisibilizado y excluido a las millones de especies con las que compartimos el planeta, ignorando que también habitan, construyen y defienden sus territorios de vida.

Sin embargo, desde otra mirada, el territorio también puede entenderse como un espacio vivo y en disputa, donde convergen múltiples formas de existencia y formas de vida que se entrelazan y resisten al modelo desarrollista impuesto desde lógicas capitalistas, patriarcales y especistas. Desde esta perspectiva, el territorio es un lugar de resistencia, de reivindicación política, de lucha por el cuidado colectivo de la vida y de los territorios-cuerpos que lo conforman y en donde se amplía la mirada para reconocer no solo la tierra y los ecosistemas, sino también las múltiples expresiones que lo habitan y sostienen el entramado de la vida.

Por eso, lo que buscamos con esta edición es ampliar nuestra perspectiva sobre los territorios. El propósito es contribuir a la descolonización de la mirada sobre el territorio. Queremos usar estas páginas para abrir cuestionamientos al sistema especista, colonial, capitalista y patriarcal que fragmenta y destruye los

territorios de vida de otras especies, que cree que puede sacrificar bosques, ríos y selvas –los hogares de otros– por puro beneficio económico. Pretendemos visibilizar las luchas compartidas contra el extractivismo, la expansión urbana, la industrialización depredadora de lo rural y la mercantilización de la vida, que nos afectan a todas y todos los animales. Porque las comunidades que defienden un río del extractivismo están defendiendo también el hogar de los peces, las aves, los insectos, los reptiles y los demás seres que viven allí.

Finalmente, y tal vez lo más importante, usamos estas páginas para proponer y aplicar prácticas políticas y cotidianas que reconozcan a los animales no humanos como agentes activos en la habitabilidad y construcción de nuestros espacios comunes, y, de este modo, inspirar un cambio en la forma de relación entre animales humanos y animales de otras especies. Por supuesto, esto implica reconocer que estos últimos no son parte del paisaje ni están a disposición humana, sino que tienen tanto derecho a vivir y habitar en los territorios como nosotras(os) -humanos-, como constructores activos de este mundo que todas y todos habitamos.

Debido a la gran cantidad de propuestas, experiencias y reflexiones que personas y colectividades de hispanoamérica compartieron con nosotras, decidimos entregarles esta edición dividida en dos volúmenes que presentan una visión complementaria de los

territorios animales: el primero podrá ser consultado a partir de noviembre de 2025 y el segundo volumen estará disponible en el primer semestre de 2026. El equipo editorial hizo una revisión y selección rigurosa de las propuestas, sin que esto implique compromiso de la línea editorial. Es decir, cada trabajo habla por sí solo, cada experiencia refleja las ideas y sentires de quien la elabora y, en ese sentido, Animales & Sociedad se comprende como un medio para juntar y reproducir estas voces.

En definitiva, esta edición es una invitación a repensar los territorios animales, no como una propiedad humana, sino como espacios de resistencia y construcción de vida compartida, de lucha y cuidado multi e interespecie. Una invitación a imaginar y construir un mundo nuevo en el que quepan muchos mundos y se respete a todas las vidas sin ninguna discriminación.

Por lo anterior, invitamos a leer la octava edición de Animales & Sociedad, esperando que sus contenidos contribuyan al avance de las discusiones para la lucha por la liberación animal y el fin del especismo.

Equipo Editorial Animales & Sociedad
Centro de Estudios Abolicionistas por la Liberación Animal - CEALA



Realidad

colombiana



Imagen de Jai79 en Pixabay

Desplazamiento forzado en fauna silvestre

Paula Moreno Merchán

Una historia que revela el
lado oculto del “rescate”
animal en zonas de
explotación minera

Sobre la autora

Médica veterinaria con profundización en fauna silvestre y maestría en fisioterapia. Activista por los derechos de los animales y difusión del veganismo, fundadora de Corazón animal vegano. En Instagram: @corazonanimalvegano

En diversos territorios de Colombia, multinacionales explotan la tierra y desvían ríos para la obtención de carbón, gas, la construcción de hidroeléctricas o embalses, entre otros fines. Estas actividades generan un grave impacto en los animales que habitan los ecosistemas intervenidos, todo en busca de ganancias a costa de la destrucción ambiental. El gobierno, por su parte, exige a estas empresas la reubicación de la fauna silvestre, lo que implica la contratación de profesionales en medicina veterinaria y biología dentro de la normativa, principalmente el Decreto 1076 de 2015 (República de Colombia, 2015).

Estos especialistas, al capturar a los animales de las zonas que serán intervenidas para reubicarlos en bosques cercanos, se convierten, sin querer, en 'mercenarios' de la fauna silvestre. Los animales son arrancados de su hogar, de sus territorios, de su marcaje, sus nidos o cuevas, sus recorridos y actividades vitales. Son trasladados a un lugar desconocido, generalmente ya ocupado por otras especies, donde se ven forzados a competir por recursos y espacio, exponiendo drásticamente sus vidas.

Mi primer trabajo en fauna silvestre, fuera de la Universidad Nacional, fue en rescate y rehabilitación en el Cerrejón, ubicado en la Guajira, en el municipio de Albania. No podía de la emoción, sentir que sería parte de la conservación y de ayudar a los animales en sus hábitats. Al principio, creí que nuestro trabajo era la mejor opción para los animales: capturarlos y liberarlos en otra zona antes de que las máquinas de destrucción arrasaran con toda vida. Sin embargo, a medida que era testigo de las injusticias, el miedo, los gritos y la muerte, me di cuenta de que éramos, en realidad, los 'malos' de la historia, no los salvadores.

Nunca olvidaré a la familia de monos aulladores en la minería de El Cerrejón, en La Guajira. Huían aterrados de nosotros, los humanos, mientras los árboles caían a su alrededor. Solo quedaba un último árbol con una familia de seis miembros. Vocalizaban y nos miraban con terror mientras se daba la orden de talar su refugio, esperando que, al caer lastimados y estresados, fuera más fácil capturarlos. Los hachazos sonaban en la madera hasta que la orden fue dada: ¡Listos! Los gritos de los monos se mezclaron con el estruendo mientras el árbol caía, con ellos aferrados a las ramas. Una vez en el suelo, confusos por el golpe y enredados, corrimos para atraparlos. Sin embargo, el macho líder luchó incansablemente y logró escapar, desapareciendo con una velocidad asombrosa. Sus miradas de tristeza son inolvidables.

Regresamos a la cruda realidad: no éramos salvadores, sino que actuábamos como paramilitares, desplazándolos de sus hogares. Aun así, la presión era inmensa: si no lo hacíamos nosotros, las máquinas entrarían para aplastarlos sin piedad. La familia de monos aulladores fue llevada a un centro de fauna con la esperanza de encontrar al miembro que había escapado. Allí, no vocalizaban; se abrazaban en silencio, sus miradas cargadas de tristeza.

Una semana después, encontramos al mono aullador en una de las excavaciones de El Cerrejón: demacrado, su pelaje rojizo cubierto de hollín de carbón, incapaz de correr por la debilidad. Lo reunimos con su familia, quienes lo recibieron con aullidos y abrazos. Tras unos días de recuperación, fueron liberados en un nuevo bosque que, supuestamente, no sería intervenido por El Cerrejón. Sin embargo, no se tenía ningún conocimiento sobre cuántos animales o qué especies habitaban ese nuevo bosque. Las empresas no invierten en una liberación responsable de los animales desplazados, exponiéndolos a peligros desconocidos y sin considerar si ese ecosistema ya alberga otras familias de aulladores, lo que podría causar un grave desequilibrio. Solo queda la esperanza de que logren sobrevivir y adaptarse a su nuevo entorno.

Los rescates continuaron: los animales luchando por huir, por no ser capturados; su miedo y estrés eran evidentes. Pero para algunos de mis compañeros, era solo un día más de trabajo; incluso se divertían, normalizando el sufrimiento animal. No se





cuestionaban y se irritaban si se insinuaba que, en realidad no ayudábamos a los animales, que éramos herramientas para el especismo, parte del problema al aceptar trabajar para invadir y desplazar a los animales. Era una situación similar a cómo los paramilitares desplazan a los campesinos para formar potreros para la ganadería. ¿Cómo podrían entenderlo si ni siquiera reconocían la injusticia de reproducir y matar a las vacas y el daño que la ganadería causa a la fauna silvestre y sus hábitats?

No podía dejar de cuestionar lo que hacíamos. Fue entonces cuando me enfrenté a otra cruda realidad: el desplazamiento de los indígenas Wayúu. A sus líderes se les ofrecía dinero para que abandonaran sus bosques y permitieran el paso de la maquinaria. Sin embargo, ese dinero se esfumaba en manos de líderes 'colonizados' que se movían entre la ciudad y los territorios indígenas. La comunidad quedaba sin garantías, pues el líder había hecho un trato monetario, firmando con El Cerrejón en nombre de todos. Mientras tanto, las directivas se burlaban de ellos y los culpaban por 'no saber manejar el dinero'. Yo les increpaba que eso era un abuso, y entre risas me respondían: 'la ley del más fuerte'. En El Cerrejón, se respira una mezcla de especismo, clasismo y colonización¹.

¹ Para una contextualización sobre las implicaciones sociales de esta multinacional extractivista, constituida por empresas extranjeras y subsidiaria de Glencore, se recomienda revisar: ¿Cerrejón siempre gana? Entre la impunidad corporativa por la violación de derechos humanos y la búsqueda de reparación integral en tiempos de transición: <https://censat.org/informe-glencore/>

Otro golpe devastador era recibir llamadas de rescate en la madrugada. Los animales, al no comprender la invasión, intentaban volver a sus territorios habituales, siendo atropellados por la maquinaria. Debíamos recoger sus cuerpos fracturados, a menudo aún vivos, solo para aplicarles la eutanasia.

Sus vidas son destruidas por un modelo de desarrollo humano que domina territorios y somete a los animales, deshumanizando incluso a los indígenas al animalizarlos, y por ende cosificando a los animales, para así justificar el abuso, considerándoles inferiores y quitándoles sus derechos.

Me sentía asqueada por la realidad, y que yo era parte. Me costaba día a día seguir, y el golpe final fue que me pidieran modificar los informes para reducir el número de mortalidad de individuos, exponiéndolos como liberaciones. Quedé impactada por la petición y me negué por falta de ética; me recordaron que no estaba en la universidad, que es una vitrina del Cerrejón en su buena labor y que debo ser fiel a la empresa. Por lo anterior, no pude continuar al no aceptar sus órdenes. Ellos necesitaban profesionales que estén dispuestos a vender sus principios.

La insignificancia de la fauna silvestre frente a los proyectos de explotación de multinacionales no es casual, sino que se enraiza en una compleja combinación de factores económicos, jurídicos, éticos y culturales, donde se prioriza absolutamente el beneficio

económico, dentro de la lógica capitalista dominante, llevando al extremo la destrucción para la maximización de ganancias de las multinacionales. Cualquier obstáculo a la misión de extracción, incluyendo la presencia de fauna silvestre, es percibido como un costo o una externalidad negativa que debe ser minimizada o "gestionada" de la manera más barata y eficiente posible. Para una multinacional, es más "económico" pagar una multa por un desastre ambiental o por ser evidenciada una mala reubicación de los animales, que modificar significativamente sus operaciones o buscar alternativas menos impactantes.

La cultura dominante, fuertemente antropocéntrica, tiende a ver la naturaleza y sus habitantes como recursos "disponibles" para el uso humano, sin un valor intrínseco. Los animales son valorados por su "utilidad" (como alimento, medicina, o incluso como elementos decorativos en un "bosque nuevo" turístico), no por su carácter como seres vivos sintientes y entre otros, su derecho a existir en su propio hábitat.

Existe una profunda desconexión de la sociedad y de quienes toman las decisiones, al destruir la importancia ecológica de cada especie y su falta de empatía por cada individuo. No se comprende la función vital de los monos aulladores en la dispersión de semillas, el control de plagas o como indicadores de la salud de un ecosistema. Y no se reconoce la supremacía humana que jerarquiza y domina, priorizando el beneficio humano sobre los

animales, víctimas del capitalismo y el especismo. El sufrimiento o la muerte de animales se considera un “daño colateral” inevitable y, por ende, aceptable en aras del “progreso” o el “desarrollo”. Esta perspectiva cosifica a los animales, reduciéndolos a meros objetos en el camino de la expansión económica.

Las multinacionales suelen manejar la información sobre los impactos de forma controlada, sin vigilancia y sin transparencia. La fiscalización por parte del gobierno o de la sociedad civil es nula, limitada debido a la falta de recursos, la corrupción o la complejidad de monitorear vastas áreas intervenidas, así como también al desinterés. Gran parte de los profesionales en medicina y biología no quieren denunciar, por miedo a no lograr conseguir trabajo en empresas, donde, además, cuentan con contratos de confidencialidad, que tienen multas millonarias si se rompe el silencio.

Los líderes sociales que suelen denunciar los daños ecológicos son asesinados y sus denuncias invisibilizadas, siendo necesaria la formación de una veeduría de profesionales en fauna silvestre con ética intachable, que no se dejen corromper, que pueda monitorear para denunciar inconsistencias y sea protegida de las amenazas.

En resumen, la fauna silvestre se vuelve “poco importante”, no porque carezca de valor real o ecológico, sino porque su existencia

entra en conflicto con un modelo económico extractivista que privilegia el lucro a corto plazo, encuentra resquicios en la legislación, y opera bajo una visión del mundo que subestima o ignora la interconexión vital de todos los seres vivos y el respeto que merecen, pues son seres con capacidad de sentir y tener sus propios intereses.

Mi sueño de trabajar con fauna silvestre no terminó, se transformó. Ya no aceptando trabajos de fauna silvestre en centros de rehabilitación o multinacionales, recibiendo animales heridos por culpa del “progreso”, sino siendo parte de un proyecto por la liberación animal llamado Corazón Animal Vegano. En este proyecto se visibilizan las estructuras especistas que mantienen a los animales sometidos y se reciben denuncias para visibilizar los responsables, además de hacer veeduría ciudadana con conocimiento en fauna silvestre para luchar por sus derechos y su verdadera conservación.

Referencias

República de Colombia (2015). Decreto 1076 2015 (mayo 26). Versión integrada con sus modificaciones. Esta versión incorpora las modificaciones introducidas al decreto único reglamentario del sector ambiente y desarrollo sostenible a partir de la fecha de su expedición. Recuperado de <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=78153>

Entramado biocultural, Nicolás Castañeda, bordado a mano

Entramado biocultural

Nicolás Castañeda Ovalle

Bordado que entrelaza
hilos, especies y culturas



Sobre el autor

Nicolás Castañeda Ovalle, habitante del noroccidente popular de la ciudad de Bogotá, apasionado del oficio del bordado manual y estudiante de la Licenciatura en Ciencias Naturales y Educación Ambiental de la Universidad Pedagógica Nacional. nicastanedao@upn.edu.co

Entramado biocultural es una obra bordada a mano con 42 tonos de hilos sobre un liencillo de bajo gramaje. Enmarcada en un aro de madera de 21 cm de diámetro y realizada durante los vientos de abril y de mayo del año 2025.

Este bordado es una composición gráfica que expresa la relación entre la diversidad cultural y biológica. Es, además, una propuesta que expone, desde el oficio del bordado manual, a tres referentes animales representativos de Colombia y, como dijera Martí, de Nuestra América entera. El Oso Andino (*Tremarctos ornatus*), histórico camarada de frailejones, del agua y de colibríes barbuitos de páramo; el Ocelote (*Leopardus pardalis*), felino que con delicadeza cruza en el crepúsculo por quebradas y bosques; y el Cóndor de los Andes (*Vultur gryphus*) gran carroñero que desciende de las altas peñas andinas con vigor y al ritmo del viento. Tres especies que portan algunos artefactos propios de las culturas que, entre valles y montañas, cohabitan con la

naturaleza; las ruanas tejidas en el bordado o bordadas en el tejido, la mochila, guardiana de semillas y del puñado de tierra, el bombo que palpita junto al pueblo y sus fiestas, y el azadón, con el que, dijera Víctor Jara, mientras “el sudor me hace surcos, yo hago surcos a la tierra sin parar”.

Estos, no solo representan a la humanidad en general, sino, en lo particular, a ese amplio, diverso y digno grupo de seres humanos que desde el trabajo de la tierra dignifican y defienden la vida, siendo, a su vez, parte de ella. Muestra, entre tanto, la apuesta histórica de múltiples organizaciones campesinas por aprender a vivir junto a estos animales y a la naturaleza en general, respetándola y reconociéndose como parte de ella y, a su vez, reconociendo que el enemigo del campesino y de la campesina no es la vida silvestre, como quiere hacernos creer la devastadora confabulación latifundista y terrateniente, sino, precisamente, aquél que atenta contra la vida misma, es decir, un modelo extractivista y depredador de los humildes y de los salvajes, quienes, bajo complejas y solidarias redes simbióticas, resisten por la vida y sus múltiples expresiones.



Ilustración: Carolina Monroy Anzola

Mi amigo el copetón

Carolina Monroy Anzola

Una mirada tierna y
crítica que nos invita
a reconectar con los
animales y el mundo que
compartimos

Sobre la autora

Psicóloga en formación, diseñadora gráfica y profesora de Yoga.
caritomonroy@gmail.com

Mi amigo el copetón me visita en las mañanas, lo veo posarse en el arbusto de sauco que está frente a mi ventana. Me gusta escuchar su canto. Recuerdo que cuando era pequeña veía muchos más copetones por ahí... hoy amanecí nostálgica.

Cuando voy de camino al colegio, veo algunos perros en la calle: unos buscan comida en nuestra basura, otros intentan cruzar la calle y saben el momento justo para hacerlo; sí que son listos, aunque algunas veces los autos los alcanzan a golpear y los conductores siguen como si nada. Pienso que si hubiera sido un humano tendrían que parar, pedir ayuda, responsabilizarse. ¿Por qué será que somos selectivos para sentir compasión? Estamos actuando como máquinas...

Amigo copetón siento que el corazón se me esconde, se pone chiquito al no entender por qué actuamos como si los demás animales no fueran parte de este mundo, como si nosotros mismos no perteneciéramos a la naturaleza. Y me pregunto ¿Qué

es ser un ser humano?, ¿Qué es ser humano amigo copetón? quizá nos haga falta recordar que también somos animales...

En medio del afán de mi ciudad, encuentro consuelo contemplando la naturaleza que aún se mantiene en pie entre el asfalto y me pregunto, ¿qué se sentirá ser como tú amigo copetón? tú parece habitar el territorio interrelacionándote con él, nunca he visto que produzcas basura, he visto como construyes tu nido y no necesitas pagarle a nadie como lo debemos hacer los humanos, nosotros ya no sabemos construir nuestro hogar. Lo estamos deteriorando...

Acabo de darme cuenta de que yo misma en muchas ocasiones me he creído que hay una división entre los humanos y los demás animales, he aceptado esa realidad y me he acomodado a ella, he aceptado como si algunos seres fueran más importantes que otros ¿acaso no somos parte de un solo ecosistema? ¿Cómo puedo hacerme cada vez más consciente amigo copetón? ¿Qué puedo hacer para que todos podamos habitar el territorio? Quizás puedo aprender de ti y empezar yo misma a construir mi hogar, así como tú lo haces; yo puedo interesarme por el cuidado de los demás y unirme a otros que también están trabajando por eso, consumir menos y compartir más, puedo adoptar uno de los perritos que veo en la calle... Sembrar plantas nativas en la terraza de mi casa, alimentarme de otra manera... defender mis derechos y cumplir con mis responsabilidades como ciudadana,

pero sobre todo como animal humano que habita este territorio y lo comparte con otros.

Ya he escuchado que la falta de contacto con la naturaleza nos enferma, puede ser por eso por lo que he sentido el corazón chiquito, porque ya no le damos espacio a la naturaleza y eso nos aísla. He olvidado mi capacidad para actuar, para servir y para amar, porque no me habito a mí misma...

No soy una maquina y espero recordarlo amigo copetón... Todos sentimos, merecemos y queremos vivir en este planeta. Espero poder seguir viéndote a ti y a los demás animales como parte de mí y yo de ustedes.





Foto: Cortesía Sandra Rojas

Los perros "callejeros" de Madrid (Cundinamarca) y sus cuidadoras: Una lucha por el reconocimiento social y político

Sandra Daniela Rojas Castillo

Mujeres valientes que
con amor y lucha dan
voz y hogar a los perros
callejeros de Madrid

Sobre la autora

Filósofa y Magíster en Bioética de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesora de cátedra en la Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Rosario, Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud y Corporación Universitaria Iberoamericana. Investiga y dicta clases en pregrado sobre Bioética y animales, Bioética general y Ética. Es miembro del grupo de investigación Bioética (U. Javeriana), del Observatorio Animalista y la Veeduría Animalista de Madrid-Cundinamarca.
rojas-sandra@javeriana.edu.co

Los perros en situación de calle o “callejeros”, como son conocidos de forma popular, son alguien común en municipios de Cundinamarca como Madrid. Este es un territorio en el que desde su entrada se pueden ver perros caminando, aparentemente sin un tenedor o responsable que asegure su protección y bienestar. La existencia y condiciones de hambre, enfermedad y las necesidades que estos perros viven, pasan desapercibidas por la mayoría de las personas. Esta ignorancia de la realidad de ellos, muchas veces voluntaria, ha traído la normalización de escenarios como las “patadas” o golpes a estos perros, los atropellamientos que cada vez son más comunes, e incluso, conflictos entre los humanos que los cuidan

y los que no encuentran grata la presencia de estos animales en determinados espacios.

A partir de la propuesta de ciudadanía extendida de Donaldson & Kymlicka y el deber de justicia hacia los animales de Nussbaum, expondré este fenómeno real que he vivido como proteccionista y veedora de Madrid. En este municipio, la lucha por la protección de estos animales ha logrado moverse de lo moral a lo político, en consonancia sobre lo planteado por Donaldson & Kymlicka (2023), desde tres acciones principales: la legitimación de su territorio, el aseguramiento de la alimentación y la representación de sus necesidades en el debate público, programas y políticas de la Alcaldía. Como protagonistas de esta defensa, se encuentran las mujeres de Madrid, quienes se han encargado de la protección y cuidado de los perros callejeros. Para estas mujeres cuidadoras, los perros son seres sintientes que cohabitan el territorio con los humanos. Una premisa bajo la cual han trabajado para que el resto de la comunidad y gobierno municipal en Madrid los reconozca de la misma manera y, así, se den cambios positivos en la forma como son vistos y tratados en el municipio.

Legitimación de su territorio

El territorio se debe entender como un espacio geográfico en el que habita y florece un individuo o grupo social. Para el caso de

estos perros, su territorio es el lugar en donde principalmente duermen, comparten con otros (humanos y no humanos) y se alimentan. Desafortunadamente, su presencia en estos espacios no siempre es bien recibida. Muchas personas los ven como un otro que no encaja en la configuración de la urbe. Esto se evidencia de una forma fehaciente en las zonas con amplia expansión urbanística, cuyos renders y publicidad de venta no incluyen perros callejeros que puedan dañar la estética del lugar (como muchos habitantes de zonas residenciales han llegado a señalar), o que, simplemente, representan una amenaza a la fantasía de civilización que levantan las constructoras.

Ante el rechazo generalizado a la presencia de estos perros, las mujeres cuidadoras han luchado en contra de este, reclamando el territorio de los (y para los) perros, a partir del establecimiento de casas. Estas les brindan abrigo y refugio a los perros que habitualmente se encuentran desprotegidos y legitiman un territorio que siempre ha sido de ellos.

Mensajes como el que se aprecia en la siguiente fotografía: “¡Vecino! Somos seres que sienten igual que tú. Nos hicieron esta casita personas que nos aman. Ayúdanos a cuidarlas”, buscan recordar la obligación social que tenemos de garantizar el bienestar y ausencia de sufrimiento de estos perros. Una obligación que responde al estatus de sintiente y sujetos de especial protección (Corte Constitucional de Colombia, 2010),

que se les ha reconocido en el país y que las mujeres cuidadoras han comprendido a cabalidad. Ellas entienden que “para respetar a los animales debemos proteger sus hábitats –sus territorios de vida y florecimiento”, en acuerdo con lo postulado por Nussbaum (2023), por lo que han reclamado el territorio de los perros y lo han defendido de aquellas personas que no los comprenden, como nuestros vecinos que cohabitan el espacio. Gracias a estas mujeres, los perros callejeros dejaron de ser un elemento más en el entorno. Ahora son parte de la comunidad madrileña.

Aseguramiento de la alimentación

Esta viene de la mano con la legitimación del territorio, ya que el espacio físico se convierte en un punto seguro de alimentación. Al ser perros callejeros, parecería que la obligación de esta necesidad básica le compete al gobierno municipal. Sin embargo, son las mujeres cuidadoras quienes se encargan de esta tarea. A partir de la recolección de donaciones y de recursos propios, aseguran comida digna diaria a estos animales. Esta obligación atiende a la “responsabilidad colectiva” de protección que tenemos con los seres sintientes y que se extiende a los seres más vulnerables y dependientes, como los perros que, sin importar si tienen o no un tenedor que los proteja, requieren del humano para tener una buena calidad de vida.



Foto: Cortesía Sandra Rojas

Representación de sus necesidades en el debate público, programas y políticas de la Alcaldía

En este punto hago referencia a que las obligaciones de protección y mínimos de bienestar establecidos por el Congreso de la República (2016), y en específico para los perros callejeros, sean llevadas a los escenarios de toma de decisión como el Concejo Municipal, Secretarías del gobierno y el alcalde en ejercicio, ya que son las instituciones las que pueden asegurar legalmente el respeto hacia estos animales desde los acuerdos, decretos, políticas y programas, que asegurarían que estos perros habiten tranquilamente su espacio, lleven una vida digna y florezcan¹.

Las necesidades de los perros callejeros son llevadas a estos escenarios por las mujeres cuidadoras que asumen el rol de ser representantes de estos animales. A partir de mesas de trabajo ciudadanas y conformación de espacios de participación como la Junta Defensora de Animales de Madrid (JUDAM) y la Veeduría Animalista de Madrid, se ha dado la exigencia de reconocer el lugar moral, social y, a su vez, la demanda del lugar político de los perros callejeros. Desde el 2021 en la Alcaldía

¹Tomo la idea de "florecer" que expone Martha Nussbaum (2023), en la que estos perros deben tener la posibilidad de desarrollar de forma libre y segura sus capacidades. Para ver la lista de capacidades, se pueden remitir al capítulo 5 del libro de Nussbaum citado al final.

de Madrid, se ha venido fortaleciendo, aunque todavía tiene varias fallas significativas en su aplicación, el programa de protección y bienestar animal, con acciones como: el aumento anual del presupuesto para este tema, inclusión de metas en el plan de desarrollo, creación de la Política Pública de Bienestar y Protección Animal, crecimiento del equipo técnico y veterinario para ampliar la atención, construcción de procedimientos y de la ruta contra el maltrato animal, adecuaciones a la infraestructura existente y constitución de la Dirección de Ambiente, Ruralidad y Bienestar Animal.

Conclusión

Este fortalecimiento a nivel institucional, ha permitido mejorar las condiciones de vida de los perros callejeros, a quienes hoy no se les puede negar el derecho a la atención médica veterinaria, resguardo en el hogar seguro en casos particulares y muerte digna (eutanasia). Aunque el maltrato sigue siendo una realidad para esta población, hoy se cuentan con más herramientas para atender, educar y denunciar. Los perros callejeros ya no son ese otro olvidado e invisible para la comunidad y el Estado, ahora son madrileños que habitan y florecen en el territorio. Un resultado fruto de la empatía y perseverancia de las mujeres cuidadoras que vieron la necesidad de hacer valer el lugar moral, social y político de estos perros desde la representación de sus intereses en Madrid.





Foto: Cortesía Sandra Rojas

Referencias

Congreso de la República de Colombia. (2016). Ley 1774 de 2016: Por la cual se modifica el Código Civil, el Código Penal y el Código de Procedimiento Penal, y se establece el bienestar animal. Diario Oficial No. 49.708. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=71353>

Corte Constitucional de Colombia. (2010, 30 de agosto). Sentencia C-666/10. Sala Plena. <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2010/c-666-10>

Donaldson, S., & Kymlicka, W. (2023). Doing Politics with Animals. *Social Research: An International Quarterly* 90(4), 621-647. <https://dx.doi.org/10.1353/sor.2023.a916348>

Nussbaum, M. C. (2023). *Justice for animals: Our collective responsibility*. Simon & Schuster.

Cuestiones

antiespecistas



© Steven Cataño

Foto: Steven Cataño

Bioxenofobia o la idea de territorios puros

Juliana Barberi y
Juan Camilo Jaramillo

Reflexión sobre el miedo
a lo distinto y la ilusión de
la pureza en la naturaleza.

Sobre las y los autores

Juliana Barberi: Ingeniera biomédica, MSc en Desarrollo Sostenible. Directora Corporación Red de Ayuda a los Animales – RAYA | Coordinadora del Programa Sociojurídico de Protección Jurídica a los Animales de la Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas | Docente Instituto Tecnológico Metropolitano | direccion@corporacionraya.org.

Juan Camilo Jaramillo: Biólogo marino, MSc en Ciencias del Mar. Integrante Corporación Red de Ayuda a los Animales – RAYA | Docente en el Boston Architectural College. Liberal Studies and Landscape Architecture | juancamilo.jaramillo@gmail.com.

La idea de territorio es tan compleja como las disciplinas e interpretaciones existen. Lo que concebimos como territorio es el resultado de significado, poder y espacio social (Delaney, 2019). Sin embargo, las construcciones humanas del territorio suelen excluir a los demás animales. Aunque la biología considera que las demás especies también tienen su territorio, este no es el mismo que el del ser humano, reforzando la dicotomía humano-animal.

La asignación de territorios de distribución a las especies limita nuestra visión de la dinámica natural. En términos generales, el movimiento de las especies dentro y fuera de los ecosistemas

ha sido la norma, no solo a escala geológica – como en la deriva continental – sino a escala humana. Diferentes fenómenos han favorecido el intercambio biológico, incluso entre continentes, en poco tiempo y sin que haya mediado la acción humana (Black, 2020).

Por eso resulta paradójico que, desde nuestra perspectiva humana –temporalmente corta–, le asignemos valor a la (no) pertenencia de las especies a un territorio. Esa visión genera discriminación y medidas violentas, como el exterminio, con el fin de conservar ecosistemas y territorios supuestamente prístinos o puros –como si esa tal fuera alcanzable–, eliminando a los llamados “invasores”.

Esta discriminación, que hemos denominado bioxenofobia, hace parte del sesgo ideológico de la biología de la conservación tradicional, basada en una visión anacrónica y supremacista que percibe la naturaleza únicamente como una despensa proveedora de servicios ecosistémicos y valor económico, pretendiendo sostener idearios del paisaje, exterminando lo que no pertenece.

Sin embargo, una creciente corriente con autores como Bekoff (2013), Warwick (2025), Pearce (2015), Thompson (2014), Marris (2011), entre otros, ha empezado a cuestionar el dogma de las “especies invasoras”, reconociendo que la violencia

hacia la naturaleza no resolverá el colapso ecológico y que los territorios puros, inamovibles e invariables no existen.

Bioxenofobia: discriminando al que “no es de aquí”

Tras la publicación del libro del ecólogo británico Charles Elton (1958), *The Ecology of Invasions by Animals and Plants*, la biología de la conservación estableció el dogma de juzgar a las especies por su origen. Solo en la década de los noventa, la biología de la invasión se consolidó como disciplina y desde entonces ha estado plagada por malentendidos, conceptos imprecisos o poco estudiados, percepciones personales, sesgo científico y un lenguaje particularmente militarista, lleno de metáforas exageradas que han contribuido a demonizar a las especies introducidas en ecosistemas ajenos.

El dogma de pertenencia ha convertido en chivos expiatorios a todas las especies introducidas, sin evidencia clara de que representen un gran problema. Aunque en algunos casos, ciertas especies translocadas generan impactos negativos, la histeria colectiva sobre esos daños está basada en percepciones personales injustificadas y en datos insuficientes.

Se sabe ahora que, de cada cien especies introducidas, noventa son inocuas y desaparecen rápidamente, nueve tienen impactos ecológicos positivos o neutros, y solo una causa daños a la biodiversidad local (Pearce, 2015). Sin embargo, la mayoría de

los investigadores se enfocan en ese 1 % (Warren et al., 2017). Al ser estas últimas desproporcionadamente estudiadas, las instituciones de conservación tienden a considerar peligrosa a cualquier especie introducida y recomiendan su exterminio o erradicación, sin evaluar los posibles impactos positivos o neutrales que presenten en los ecosistemas.

No obstante, si una especie introducida representa utilidad económica para los humanos, es perdonada y retirada de las listas rojas. Esto ha ocurrido con especies utilizadas/explotadas/asesinadas para ser parte del sistema alimentario dominante como las truchas y las tilapias. Contradictoriamente, y desde una posición netamente especista y antropocéntrica, el gobierno colombiano las declaró a través de la Resolución 2287 de 2015 (AUNAP, 2015), como especies domesticadas –aunque en gran parte del mundo se consideran invasoras–, únicamente con el fin de convertirlas en objetos comercializables que favorecen de la economía.

Cuando los estudios sobre los impactos de las especies introducidas no confirman los efectos negativos esperados, a menudo no se publican o se descartan las interacciones positivas (Pyšek et al., 2008). Además, el impacto esperado determina en gran medida si una especie será estudiada o no, porque esa es la hipótesis que se pone a prueba. Esto sesga los resultados desde la formulación propia de las preguntas,

convirtiendo parte de la biología de las invasiones en la base de la creación de mitos científicos (Pearce, 2015).

Los conservacionistas tradicionales han declarado enemigas comunes a las especies introducidas. Para “proteger” los ecosistemas, matan, cazan, envenenan, queman, usan motosierras o introducen otras especies para controlar a las llamadas invasoras. Se priorizan dos objetivos: salvar lo que se considera nativo y restablecer los ecosistemas a su estado original. Pero ¿cuándo es antes?, Ambas cosas son imposibles. Lo que sí es claro, es que entre más destruimos el planeta, más necesitaremos de los organismos y ecosistemas novedosos que logran sobrevivir.

Además, ser nativo no es un signo de aptitud evolutiva o de que la especie sea positiva para un ecosistema. Las especies no solo se organizan a través de la coevolución, sino también mediante otros mecanismos, como el ajuste ecológico (ecological fitting), que explica mejor esas relaciones interespecíficas (Janzen, 1985). Este concepto describe cómo las especies se adaptan mutuamente a nuevos entornos, recursos o interacciones, y puede ser el origen de la actual diversidad evolutiva. Según Janzen, quizás exista más ajuste ecológico que coevolución en la naturaleza. Pertenecer o no a un lugar, no determina realmente el papel que cada especie cumple en los ecosistemas.

Ecosistemas puros, sin invasores

Rechazar o generar antagonismo y odio hacia seres humanos de otros países es una manifestación de xenofobia, que otorga mayor valor a lo nacional que a lo extranjero y establece divisiones entre lo propio y lo ajeno (Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, 2022). Esta división discrimina todo lo considerado raro y establece que solo quienes pertenecen a lo nacional pueden acceder a derechos, mientras el extranjero representa un peligro o amenaza para el país (Gall et al., 2021). La bioxenofobia se manifiesta del mismo modo: se resaltan las diferencias, se construyen discursos de odio y se promueve la expulsión y el exterminio. En la xenofobia, la amenaza proviene del extranjero –pobre y racializado– porque acapara los empleos, o del extranjero –poderoso– porque “domina” a los locales (Gall et al., 2021). En la bioxenofobia, las especies son señaladas de ser destructoras de los ecosistemas, perjudiciales para la economía o peligrosas para los seres humanos y las especies de las que nos beneficiamos.

Los discursos xenófobos y bioxenófobos, basados en el miedo y el odio (hate speech), cumplen un papel predominante en la promoción de la violencia contra grupos específicos –otros humanos u otros animales–. Según el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación - CONAPRED (2022), existen seis aspectos para reconocer un discurso de odio: 1) el contexto

social y político de la expresión; 2) las características de quien lo emite, 3) la intención (incitación contra un grupo determinado), 4) el contenido del discurso, 5) su alcance y magnitud, y 6) la probabilidad de provocar daño. Además, el CONAPRED indica que en los discursos de odio se sustentan «datos falsos, argumentación equivocada, lenguaje que provoca división y metáforas deshumanizadoras».

La xenofobia es ampliamente rechazada porque, al ser los humanos los sujetos de rechazo y discriminación, es probable que haya –por lo menos en los estados de derecho contemporáneos– un ordenamiento jurídico que proteja sus intereses. Sin embargo, la bioxenofobia se justifica de diversas maneras y no se considera como algo reprochable en la ciencia. De hecho, se promueve activamente como herramienta de conservación.

Se rechaza y señala a las especies por no ser «nuestras», por no ser nativas, por no pertenecer aquí o por no brindar beneficios directos para los humanos. Pero ese rechazo está basado en un dogma más que en evidencias irrefutables del daño que pueden representar en los ecosistemas locales. No hay hábitats prístinos a los cuales devolverse.

En una entrevista realizada para el portal de la Universidad de Arizona (Seckel, 2024), Matthew Chew expresa: «¿Cuál es el

estado prístino de un ecosistema? ¿Fue hace 200 años? ¿500 años? ¿10.000 años?»¹. ¿Y quién lo determina? ¿Cuál es la línea base que se toma como referencia para ilustrar cómo debería verse y funcionar un ecosistema?

Decretar el exterminio de animales o plantas para regresar a los ecosistemas a estados prístinos o puros no es más que una falacia. No hay hábitats prístinos e idealizados a los cuales 'devolverse', y excepto en contados casos, entre más especies introducidas, más nativas hay (Davis, 2009). Además, entre más especies haya nativas o no, más resistencia biótica tienen los ecosistemas (Pearce, 2015).

La actividad humana es la principal causa de pérdida de biodiversidad y deterioro ambiental (Isbell, 2010). Los animales pierden sus hábitats, sus fuentes de alimento y de agua, mientras los seres humanos empeoramos cada vez más la situación: calentamos el planeta, desplazamos especies, domesticamos y exterminamos plantas y animales, y entonces culpamos y castigamos a los que logran sobrevivir. Todos los lugares del planeta sufren algún tipo de intervención humana. Los nuevos ecosistemas «representan las tierras salvajes del futuro, la respuesta autoorganizada de la naturaleza a los impactos antropogénicos» (Christoph Kueffer, en Pearce

¹Todas las traducciones fueron realizadas por lxs autores

2015). Dado que nuestras acciones han alterado de forma irreversible todos los ecosistemas, tenemos la obligación y la responsabilidad de ser guardianes del caos resultante

El humano espera que la naturaleza se comporte como una colección biológica y destruimos todo aquello que se salga de esa imagen, en lugar de aceptar nuestra culpa y generar los cambios necesarios para disminuir la velocidad del colapso civilizatorio. En vez de imaginar una naturaleza prístina,



respondiendo a [@N_CastelblancoM](#)

Mk, la vaina no va ni mierda bien si uno no sabe si están hablando de hipopótamos o de venezolanos.

[Traducir tuit](#)

11:01 · 10 de febrero de 2021 · Aplicación web de Twitter

← Tweet



[Victoria Turpin Moya](#)

...

Dizque declaran a los hipopotamos "especie invasora", ja, yo los acepto como nacionales, la unica especie invasora son los Venezolanos Delincuentes que trajo Uribe [@AlvaroUribeVel](#) , oyó [@IvanDuque](#) ?

[Translate Tweet](#)

8:20 PM · Feb 5, 2022 · Twitter for Android



[danielaquinterd](#) · May 15

...

Replying to [@danielaquinterd](#) [@inst_humboldt](#) and [9 others](#)

Hipopotamos y pez basa y cuando van hablar de los **venezolanos**.



1



1



1



Imagen 1 y 2. Discursos de odio bioxenófobos en Twitter.
Capturas de pantalla.

debemos aprovechar la capacidad de adaptación de las especies y su dinamismo para el reflorecimiento de la diversidad biológica.

Referencias

Autoridad Nacional de Acuicultura y Pesca AUNAP (2015, 29 de diciembre). Resolución 2287 de 2015 "Por la cual se declaran unas especies de peces como domesticadas para el desarrollo de la Acuicultura y se dictan otras disposiciones". <https://sioc.minagricultura.gov.co/Acuicultura/Normatividad/Resoluci%C3%B3n%202287%20de%202015%20AUNAP.pdf>

Bekoff, M. (2013). Ignoring Nature No More. University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226925363.001.0001>

Black, R. (2020). More Than 30 Million Years Ago, Monkeys Rafted Across the Atlantic to South America. Smithsonian Magazine. <https://www.smithsonianmag.com/science-nature/monkeys-raft-across-atlantic-twice-180974637/>

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. (2022). Guía para la Acción Pública | Comunicación sin xenofobia. Recomendaciones para medios y redes sociales.

Davis, M. A. (2009). Invasion Biology. <https://global.oup.com/academic/product/invasion-biology-9780199218769?cc=co&lang=en&>

Delaney, D. (2019). Territory and Territoriality. International Encyclopedia of Human Geography, Second Edition, 219-231. <https://doi.org/10.1016/B978-0-08-102295-5.10996-5>

Elton, C. S. (1958). The ecology of invasions by animals and plants. Methuen. <https://press.uchicago.edu/ucp/books/book/chicago/E/bo3614808.html>

Isbell, F. (2010). Causes and Consequences of Biodiversity Declines. Nature Education Knowledge. <https://www.nature.com/scitable/knowledge/library/causes-and-consequences-of-biodiversity-declines-16132475>

Janzen, D. H. (1985). On ecological fitting. *Oikos*, 45(3), 308-310. <http://www.jstor.org/stable/3565565>

Marris, E. (2011). Rambunctious garden. Saving nature in a post-wild world. In Bloomsbury USA. Bloomsbury USA.

E. (2008). Geographical and taxonomic biases in invasion ecology. *Trends in Ecology and Evolution*, 23(5). <https://doi.org/10.1016/j.tree.2008.02.002>

Pyšek, P., Richardson, D. M., Pergl, J., Jarošík, V., Sixtová, Z., & Weber, E. (2008). Geographical and taxonomic biases in invasion ecology. *Trends in Ecology and Evolution*, 23(5). <https://doi.org/10.1016/j.tree.2008.02.002>

Pearce, F. (2015). *The new wild: why invasive species will be our salvation*. Beacon Press.

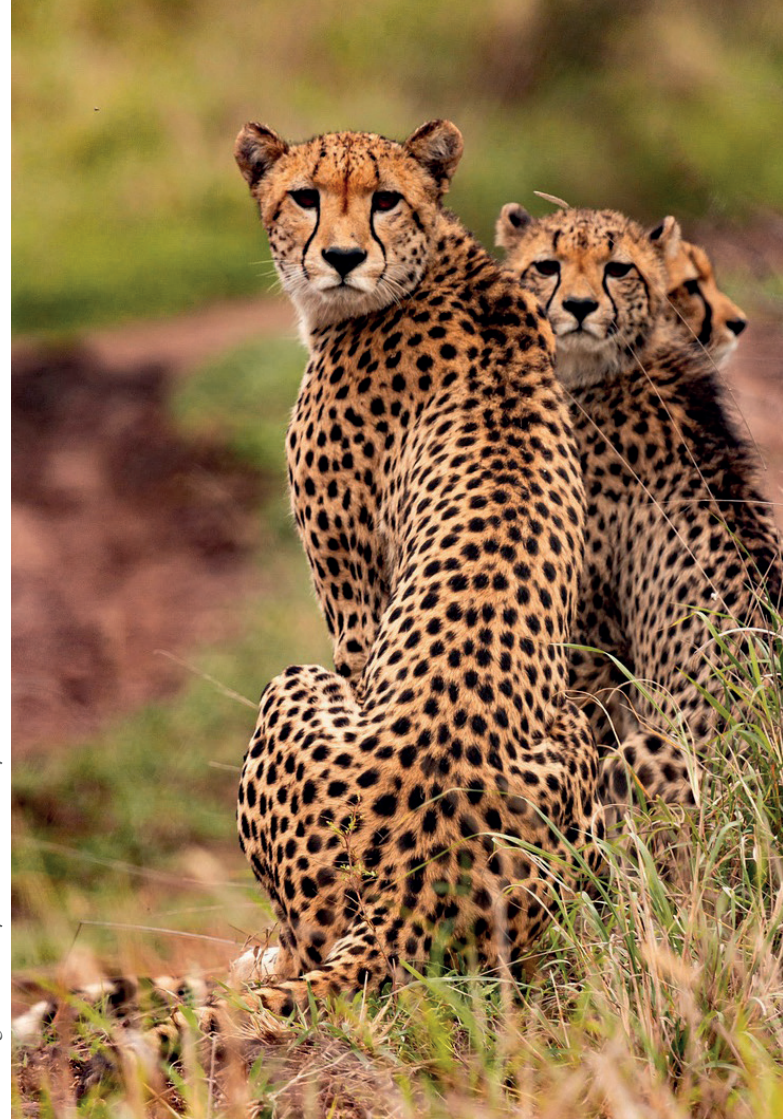
Seckel, S. (2024, diciembre 30). Do species really “invade”? | ASU News. ASU News. <https://news.asu.edu/20211203-solutions-do-species-really-invade>

Thompson, K. (2014). *Where do Camels belong?: The Story and Science of Invasive Species*. (1a ed.). PROFILE BOOKS LTD.

Warren, R. J., King, J. R., Tarsa, C., Haas, B., & Henderson, J. (2017). A systematic review of context bias in invasion biology. *PLoS ONE*, 12(8). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0182502>

Warwick, C. (2025, June 10). Welfare of invasive species and where the fault lies - Veterinary Practice. Improve Veterinary Practice. <https://www.veterinary-practice.com/article/welfare-of-invasive-species-and-where-the-fault-lies>

Imagen de Barry Reed en Pixabay





Fotografía: Cortesía María Martínez

Reivindicación de los animales no humanos como habitantes legítimos del territorio

María Martínez
Minarrieta

Una defensa del derecho
de los animales a habitar el
territorio.

Defensora de los derechos de los animales y feminista uruguaya. Estudiante de la licenciatura en psicología en la Universidad de la República UDELAR.
mariamartinez12del3@gmail.com

La forma en que los seres humanos históricamente han definido la noción de territorio ha estado atravesada por una mirada profundamente antropocéntrica. El territorio no es concebido como un espacio compartido por múltiples especies, sino como un espacio disponible para ser explotado por y para los intereses únicamente humanos. Esta visión antropocéntrica sitúa al ser humano como centro y medida de todo lo viviente, invisibilizando que los territorios que habitamos no nos pertenecen exclusivamente, sino que también son hogar, refugio y sustento para millones de animales no humanos.

Desde esta mirada, los animales no humanos no son reconocidos como habitantes legítimos, sino como elementos secundarios cuyo valor depende de su utilidad o compatibilidad con los fines humanos. Bajo esta lógica, a los animales no humanos no se les considera con derecho a un espacio, a desplazarse o a existir libres de amenazas. Esta exclusión está tan naturalizada que frecuentemente pasa inadvertida.

Plaga: una palabra al servicio del dominio humano

Como consecuencia de esta mirada antropocéntrica del territorio, es frecuente que se denomine “plaga” a aquellos animales no humanos que habitan o transitan territorios que los humanos consideran propios, como ciudades, campos de cultivo, carreteras o viviendas.

El término no tiene un fundamento biológico objetivo, ya que no hay animales que sean “plagas” por naturaleza. Más bien es una etiqueta cultural que expresa rechazo, molestia o desprecio hacia aquellos seres que interfieren con los esquemas de orden, propiedad y control del territorio impuestos por los seres humanos.

Ratas, palomas, jabalíes, cotorras verdes, entre muchos otros animales no humanos, son llamados plagas cuando su presencia desafía los límites impuestos por la especie humana. No importa si esos animales estaban allí antes o si su comportamiento responde a desequilibrios provocados por las acciones humanas. Desde la mirada antropocéntrica, lo que importa es que irrumpen en un territorio que es considerado exclusivamente humano, justificando así prácticas como el exterminio masivo, el desplazamiento forzado de especies, el uso de venenos, trampas y hasta políticas estatales de erradicación sistemática. Estas prácticas violentas se presentan

como técnicas, pero en realidad se trata de una forma de control colonial sobre el territorio y sobre los cuerpos de los demás animales.

Nombrar como “plaga” a los animales no humanos es negar la agencia territorial de estas especies y silenciar la violencia que muchas veces los empuja a entornos urbanos.

Territorio negado, violencia perpetuada

El uso del término plaga no es el único resultado negativo que surge al no reconocer a los animales como habitantes legítimos del territorio. En este contexto, el concepto de violencia especista colateral desarrollado por la psicóloga Romina Kachanoski (2016) resulta clave para visibilizar las múltiples consecuencias de esta exclusión. Kachanoski se refiere a este tipo de violencia especista como una forma de violencia ejercida contra los animales no humanos. Aunque no se produce con intención directa, ocurre de manera constante, previsible y normalizada, debido a que las consecuencias de las acciones humanas cotidianas jamás consideran el impacto que generan sobre otras especies. La violencia colateral se vuelve posible en gran medida porque los animales no humanos han sido totalmente invisibilizados y silenciados en la noción de territorio. No se trata de actos de crueldad deliberada, sino de violencias que

ocurren porque las decisiones humanas se toman sin considerar a quienes también habitan el territorio, pero no son reconocidos como sujetos.

Esta violencia especista colateral se expresa, por ejemplo, en la construcción de carreteras que son pensadas exclusivamente para facilitar el tránsito humano, sin tener en consideración a los individuos no humanos que habitan esos espacios. Esto provoca que estas infraestructuras fragmenten ecosistemas, interrumpan rutas migratorias y causen la muerte de millones de animales al ser atropellados intentando cruzar caminos que interrumpen sus rutas de desplazamiento, búsqueda de alimento y reproducción.

No hay datos precisos de cuántos animales pierden la vida por haber sido atropellados, porque ni siquiera son contados, ya que su muerte rara vez genera indignación, políticas públicas o reparación. Lamentablemente son vidas descartables dentro del esquema humano de ocupación del territorio.

Se suele decir cotidianamente, por ejemplo, que los animales “se atraviesan” en la carretera como si fueran intrusos u obstáculos inesperados. Pero la realidad es que las carreteras se construyen sobre territorios que ya han sido habitados.

Otro ejemplo de este tipo de violencia especista son los derrames de petróleo, que suelen ser presentados como "catástrofes ambientales" o "desastres ecológicos".

Sin embargo, hay una dimensión invisibilizada por los medios y los discursos oficiales que es la tragedia profunda y devastadora que viven los animales no humanos. Para ellos, un derrame no es solo una sustancia tóxica, es una amenaza total. Contamina el agua que beben, el aire que respiran, el suelo que pisan. El petróleo interrumpe sus ciclos vitales, envenena sus cuerpos, desintegra vínculos y arrasa con sus hogares. Lo que para la industria es una "emergencia ambiental", para miles de animales es una sentencia de muerte lenta y dolorosa.

Lo trágico de los derrames de petróleo no es solo su impacto inmediato. Es también su silencio. El silencio de quienes mueren sin ser vistos. El silencio de una humanidad que sigue creyendo que la Tierra es suya y que la vida de los otros animales vale menos o nada.

Los fuegos artificiales son otro ejemplo claro. Aunque se utilizan para celebrar, sus estruendos afectan profundamente a los animales. Perros y gatos entran en pánico, se desorientan, escapan y pueden sufrir ataques cardíacos o morir atropellados. Las aves abandonan sus nidos, colapsan en pleno vuelo y muchas mueren al no poder regresar. Sin embargo, esta violencia no suele ser vista como tal, porque los fuegos se lanzan

Fotografía: Cortesía María Martínez





Fotografía: Cortesía María Martínez

en espacios que los seres humanos consideran como propios. La vida animal que allí habita no es considerada parte legítima del territorio. Por lo tanto, la violencia se vuelve invisible.

Otro caso es el de las redes de pesca abandonadas, también llamadas redes fantasma. Estas redes, que son dejadas en el mar por embarcaciones comerciales, continúan atrapando animales mucho después de su uso: tortugas, peces, delfines, lobos marinos y aves mueren asfixiados o mutilados en trampas que nadie revisa. Este daño tampoco suele formar parte del discurso oficial sobre pesca, porque el mar, desde una mirada antropocéntrica, no es un ecosistema compartido, sino un recurso extractivo. Se invisibiliza que allí hay habitantes con intereses vitales y se normaliza su muerte como un "efecto colateral" del consumo humano.

La violencia especista colateral no es un simple efecto no deseado, sino la consecuencia lógica de un sistema que nunca consideró a los animales no humanos como parte del mundo. Si no se los reconoce como habitantes, sus muertes no son vistas como injusticias.

Reflexión final

Incluir a los animales no humanos como habitantes legítimos en la noción de territorio no es un gesto simbólico ni una concesión moral, sino que es una urgencia ética, ecológica y política.

Los animales no humanos no son intrusos ni naturaleza salvaje. Son individuos con intereses propios, con vínculos afectivos, con formas de comunicación, memoria y sufrimiento. También construyen madrigueras, eligen refugios, defienden sus crías, migran, cuidan y buscan alimento. Acciones que no son distintas en lo esencial a la forma en que habitamos los humanos.

Reconocerlos como habitantes del territorio significa aceptar que su presencia no es accidental ni secundaria, sino tan legítima como la humana.

Repensar el territorio como un espacio compartido exige desarmar esta lógica de exclusión. Implica diseñar caminos, políticas, celebraciones y modos de vivir que no violenten, usen ni pasen por encima de la vida de aquellos individuos que no pertenecen a la especie humana. Significa construir una nueva ética del habitar, una en la que nadie sea desechable ni usado como recurso, en la que la vida no humana no sea considerada daño colateral, sino parte fundamental del entramado que sostiene el planeta.

Incluir a los animales no humanos en la noción de territorio no es una cuestión de caridad, sino de justicia. Y sin justicia para todas las especies, ningún territorio podrá ser verdaderamente habitable.

Referencias bibliográficas

Kachanoski, R. (2016). Entrevista: Enfoc. Violencia especista. *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 3(1), 209-233. <https://www.revistaleca.org/index.php/leca/article/view/103>



Fotografía: Cortesía Gabriela Silva

Resistencias más-que- humanas desde los márgenes. Sentipensares desde Tlacuy

Gabriela Silva Hernández

Una mirada desde los
márgenes que invita a
habitar el mundo con
empatía más-que-
humana.

Sobre la autora

Fundadora del proyecto Tlacuy, una iniciativa biocultural y autogestiva que nació en el centro del estado de Veracruz. Desde hace varios años, trabajan en la preservación, el rescate y la visibilización de la fauna silvestre, en particular de aquellos animales comúnmente rechazados o "incomprendidos", como los tlacuaches (chuchas), serpientes, murciélagos, etc. A través de talleres, acciones comunitarias y actividades de educación ambiental crítica, Tlacuy busca abrir espacios para el cuidado colectivo, el afecto interespecie y la defensa del territorio desde un enfoque biocultural, antiespecista y ecofeminista. tlacuys@gmail.com

1. Un territorio que respira

En las noches, mientras el territorio susurra, se escucha en el crujir de las hojas un chillido agudo entre los matorrales, y se deslumbran unos ojos que brillan bajo la luz de un poste. A veces es un tlacuache, otras, una bífida serpiente que reptaba sobre el lecho que le ha sido raptado, o una lechuza que ya no encuentra el árbol donde emprendió su primer vuelo. Aparecen entre escombros, patios traseros, cuartos de triques, terrenos baldíos, o espacios vacíos del mal llamado desarrollo. Desplazados, incomprendidos, vivos de milagro.

Pero no llegan solos. Con ellos, se hacen manifiestas las fracturas de un territorio compartido, aunque no siempre reconocido. Cuentos que ya no se cuentan, cuidados atrapados entre la modernidad y el olvido, cuerpos que resisten cuidando lo invisible. El despojo no ha sido solo ambiental, también cultural, afectivo y espiritual.

Desde Tlacuy, proyecto biocultural y autogestivo en el estado de Veracruz, México, escuchamos estas voces silenciadas. Cuidamos a quienes suelen ser desechados, animales silvestres malentendidos, "feos", o como nos gusta llamar: "incomprendidos". En ese cuidado, reaprendemos a habitar el mundo de otra forma, más lenta, implicada, empática. Más que humana.

En un país donde la educación ambiental es marginal y el antiespecismo se ve como extravagancia, apostamos por una pedagogía del monte y la banqueta, de la memoria y la entraña. Una educación crítica que no le teme a la ternura ni al conflicto. Una que pregunta por qué se enseña a reciclar, pero no a respetar a quienes nos acompañan en el territorio.

Este texto es una invitación desde los márgenes del discurso, de la estética, del territorio. A mirar de frente a quienes no encajan en el rango de la biodiversidad "bonita", a cuestionar por qué la violencia hacia ellas y ellos sigue siendo socialmente aceptada.

Porque el territorio no está vacío, respira y se defiende. A veces también se refugia en un marsupio.

2. Bioculturalidad desgarrada

El vínculo entre especies y culturas no es decorativo, es estructural y complejo. Son parte del relato, del afecto, de la orientación de los días. Cuando una especie desaparece, no solo se va una vida, se va un nombre, un saber, una historia, un modo particular de ser y de estar en el mundo. La bioculturalidad no es teoría, es la trama viva que une a los pueblos con los seres con quienes comparten el mundo; es la urdimbre abigarrada, que a la vez es causa y consecuencia, de una relacionalidad que se imbrica en la profundidad de prácticas colectivas, hechas patrimonio vivo.

46

Desde Tlacuy, hemos observado cómo se pierde ese vínculo. El crecimiento urbano desordenado, incendios, monocultivos, fraccionamientos, todo ello fractura no solo el monte, sino también nuestras raíces. Vemos animales desorientados en banquetas, atropellados, atacados por perros o gatos en abandono. Más aún, hay quienes ven en animales el precio antes que el nombre, la utilidad antes que empatía, lo voraz como designio último de la razón. Pero no siempre vemos lo que su ausencia deja.

Donde antes vivía el tecolote, ahora hay luces y cemento. Donde se contaban sus historias, ahora les llaman plaga. La narrativa





Fotografía: Cortesía Gabriela Silva

dominante niega los vínculos bioculturales, desprecia lo salvaje, impone una estética de progreso que arrasa sin medida con todo lo vivo.

Pero resistimos. Cuando cuidamos a un animal, recuperamos posibilidades de contarnos distinto. Cuando compartimos juegos para hablar de la vida silvestre, abrimos un diálogo con el territorio herido. Sanar no es solo sembrar árboles, es volver a nombrar lo silenciado, lo incomprendido, lo negado.

3. Más que humano: convivencias otras

¿Qué pasaría si dejáramos de pensar que el mundo nos pertenece? El concepto de "más-que-humano" no romantiza a los animales ni los pone sobre nosotras y nosotros. Propone, más bien, descentrarnos, reconocer que animales, plantas, hongos, ríos, montañas, también tienen agencia y memoria.

No es teoría, es práctica. Es ver a una tlacuache herida como más que un cuerpo, como una historia. Es preguntarse qué sueña un armadillo, qué siente un coatí ante una carretera que atraviesa su bosque. Es entender que la casa no es solo nuestra.

No siempre son encuentros dulces, a veces vienen con miedo, con prejuicios. Como aquella vez en que una zarigüeya fue golpeada por niños en una escuela. Pero una niña organizó una colecta para ayudarla. Aunque no sobrevivió, su historia provocó

una campaña de sensibilización que movilizó a la comunidad. La tragedia se volvió aprendizaje.

Habitar con ética más-que-humana es incomodarse, pero también abrirse a convivencias más sensibles. En Tlacuy sentimos que el territorio puede ser como un marsupio, un lugar que abraza sin imponer, que cuida sin controlar. Un gesto político, profundamente afectivo.

4. Ecofeminismo: las que cuidan lo incomprendido

Cuidar es político, sobre todo en un mundo que descarta la vida. Quienes cuidamos animales desde los márgenes sabemos que el cuidado huele a fruta fermentada, a veces a sangre, a urgencia, a cajas de cartón y redes de mujeres haciendo lo posible por apoyar a esas especies que lo necesitan.

Ese tejido silencioso encarna un ecofeminismo que no solo se denuncia, sino que se vive. Que emerge desde la afinidad, desde los patios y ferias, donde una niña aprende que un sapo también merece respeto. Que entiende que cuidar a un animal es cuidar al territorio.

El ecofeminismo nos recuerda que no hay separación entre la opresión hacia mujeres, animales y territorios. Que el mismo sistema que explota cuerpos, tierras y especies es el que debemos desmontar. Por eso, cuidar es insumisión.

Las mujeres han sido históricamente puente entre lo humano y lo más-que-humano. Han sabido cuándo llegan las migraciones, cómo preparar remedios, cómo acompañar a lo silvestre. Su cuidado no siempre se ve, pero sostiene.

5. Educación ambiental crítica y antiespecista

Nos enseñan a reciclar, pero no a convivir. Nadie explica qué hacer si ves una zarigüeya recién nacida tirada en la calle, ni cómo sostener la mirada de un animal silvestre herido.

La educación ambiental, en muchos casos, ha sido domesticada. Vacía de crítica, adaptada al discurso del “desarrollo sostenible”, centrada en la gestión, pero no en la justicia. Se habla de conservar especies, pero no se cuestiona por qué fueron desplazadas. Se enseñan categorías, pero no vínculos. Se repite que hay que “cuidar el planeta”, pero se calla que vivimos en un sistema que lucra y avala con legislaciones a conveniencia su destrucción.

En Tlacuy hacemos educación ambiental porque nos atraviesa, porque cada animal trae una historia y porque cuando nos acompaña una zarigüeya en una escuela, algo cambia. Una niña se acerca, un niño pregunta, una maestra se conmueve. Por eso apostamos por una educación crítica y antiespecista.



Fotografía: Cortesía Gabriela Silva



Fotografía: Cortesía Gabriela Silva

Crítica porque no se conforma, porque pregunta, incomoda, suscita. Antiespecista porque reconoce el sistema de jerarquías que legitima la violencia. Queremos una educación que abrace la afectividad, que camine el monte, escuche a las abuelas y mire a los animales heridos como sujetos, no como recursos. Educar es abrir espacio para la vida, compartir y resistir. Un acto cotidiano que siembra cuidado donde otros ven indiferencia.

6. Animales incomprensidos y la estética hegemónica

No todos caben en los cuentos. No protagonizan películas o canciones. Hay quienes no son tiernos ni estéticamente

“bonitos”. En Tlacuy les llamamos incomprensidos: sapos, ratas, murciélagos, tlacuaches, búhos, tlaconetes, polillas, serpientes... Animales perseguidos por no entrar en los moldes estéticos impuestos por una mirada antropocéntrica, androcéntrica, occidental y urbanizada.

A muchos animales se les teme por creencias populares que les condenan o por simple desconocimiento. Esta violencia estética no solo afecta a cuerpos humanos, también condena a otras especies. Se salva al panda, pero se extermina a la serpiente. Se protege lo espectacular, se desecha lo nocturno, lo opaco, lo húmedo, lo distinto, lo desconocido.

Es urgente desmontar esa lógica. No hay que volver adorables a los incomprensidos, hay que dejar de condicionar el respeto a la belleza. Nombrarlos incomprensidos es resistir. Es decir, te vemos, te reconocemos y aprendemos a cuidar lo que nos enseñaron a temer, simplemente porque tienen un valor intrínseco.

7. Desplazamientos forzados: también otras especies huyen

Los animales también huyen. Del fuego, de las máquinas, del ruido. En Veracruz lo vemos en fraccionamientos que devoran el monte, incendios provocados, carreteras que cortan pasos biológicos. Tlacuaches confundidos en banquetas, aves sin bosque, murciélagos desorientados y, por desgracia, una larga lista.

Pero también lo estamos viendo en nuestras pantallas en otros escenarios más lejanos, pero que a la vez nos son cercanos, en los animales víctimas de guerra, de ocupación militar, de extractivismos mineros. ¿Cómo se reconstruye un ecosistema cuando ha sido bombardeado? ¿Dónde anida un colibrí cuando su selva fue reducida a cenizas?

El desplazamiento animal es violencia estructural, les despoja de su hogar y al resto del mundo de sus presencias. Rompe

ciclos, vínculos y memorias. Desde nuestros contextos, podemos acompañar, cuidar y dar voz para que su estancia no quede en silencio, porque merecen ser nombrados.

8. Desde los márgenes, con marsupio

Entre marsupios y cuerpos que resisten seguimos tejiendo cuidados, entre especies que se niegan a ser silenciadas. Cuidar a un animal silvestre es también insubordinación frente al descarte. Es una apuesta por lo que no se mide en utilidad.

Desde los márgenes, tejemos vínculos más-que-humanos que no caben en estadísticas. No salen en informes, pero sostienen. Se siembran en eventos, en talleres, en preguntas que quedan vibrando, en acciones colectivas.

Contamos estas historias no por reconocimiento, sino para multiplicar las grietas. Porque sí se puede germinar ternura en un mundo hostil. Sí se puede hacer micelio y volver a mirar lo incomprensido con otros ojos.

Porque el territorio, como el marsupio, puede ser abrigo y trinchera de cuidado. Y en ese gesto de sostener la vida incluso cuando tiembla, también habita la posibilidad de otro mundo, de muchos otros mundos.



Fotografía José Luis Díaz

Diario de una observadora de palomas

Camila Castro

Invitación a reconocer
en las palomas otras
formas de vida que
habitan la ciudad

Sobre la autora

Magíster en estudios interdisciplinarios sobre desarrollo y magíster en género. Coautora del fanzine animales en lo urbano: una guía para relaciones reivindicativas con las palomas y cofundadora del evento: Hacia mundos más animales. camila93castro@gmail.com

Las palomas viven en plazas, parques, tejados, puentes y basureros. Caminan y vuelan discretamente entre un cúmulo de edificios y casas, habituadas al ruido, a los pasos que nunca se detienen y a las miradas que, con suerte, las identifican en el suelo, aunque casi nunca en el cielo. Los perros, los gatos y los humanos al volante no les dan tregua, porque las ciudades y su entorno las han condenado a vivir, o apenas sobrevivir, en ellas.

Hace poco me detuve por primera vez a contemplar con atención a una paloma. Compartimos un tramo de puente. Ella me observaba de reojo, precavida y con la cabeza ladeada, pendiente de algún resto de comida en el suelo. En pocos segundos se espantó y alzó el vuelo. Lo comprendí: a menudo yo también me siento atrapada en espacios de cemento que niegan de manera constante el refugio y el alimento. Pensé que ella sentía más temor que yo, pero también más curiosidad. Intuía que con algo de fortuna podría ofrecerle algo útil y me habría gustado decir

que, en ese instante, ambas compartimos la misma inquietud, aunque, mucho después entendí que entre nosotras podía surgir un intercambio.

Vivir en la ciudad facilita la mimetización con el entorno; sin darte cuenta, caminas sin conciencia de tus pasos. Quizá adviertes un perro, un gato, una rata, una paloma o incluso un árbol traído de algún país que no lograrías ubicar en un mapa, pero que alguien consideró útil como guía de orientación. Sin embargo, ningún sonido supera al estruendo de carros y motos. El aire huele a humo de exostos, frenos recalentados, perfumes, restaurantes y basura. ¿Cómo podrían entonces llamar nuestra atención otros seres vivos, si hemos entrenado al cuerpo para ignorarlos? La ciudad parece diseñada para no mirar, no escuchar, no tocar ni oler nada que no provenga de los humanos.

Aun así, entre tantos olores se distingue el de las palomas. Es un olor particular, propio de un ser vivo y ajeno a la suciedad o a sus heces, como cuando alguien afirma que una casa huele a perro o a gato. De igual modo, frecuentemente se repite sobre el supuesto riesgo de percibir las de cerca, o más bien, sobre el peligro de su aleteo cargado de microorganismos. Resulta curioso que lo que hacen otros seres vivos nos provoque tanto rechazo, asco e incluso miedo, mientras no reaccionamos igual ante los olores de los vertederos, las aguas contaminadas que recorren las calles o el aire saturado de humo y químicos. ¿Será porque su origen es humano?

Cuando una paloma enferma muere o sus heces se acumulan en un espacio cerrado, puede aparecer un hongo. Lo mismo ocurre con perros, gatos o humanos: surge un microorganismo esencial para la vida, que cumple su función natural de descomponer, transformando lo que antes tuvo una forma en otra distinta, aprovechable por otros seres. Si ese proceso sucede en un espacio cerrado, puede implicar ciertos riesgos. Pero entonces, ¿por qué habría una paloma de morir en un lugar así, atrapada en un techo, una cañería o una alcantarilla? Tal vez porque la arquitectura de nuestras ciudades olvidó que un techo no es refugio exclusivo de los humanos, y ahora culpamos a otros por dañar nuestras ciudades grises mientras ellos no hacen más que intentar sobrevivir.

54

Resulta paradójico que estemos tan obsesionados con construir espacios para habitar, pero deseemos que permanezcan intactos, como si ningún otro ser vivo pudiera ocuparlos o visitarlos. Todavía nos cuesta imaginar arquitecturas diferentes: territorios compartidos con otros animales no humanos, entornos que reconozcan la interdependencia o formas que aseguren la vida de todo lo que existe, nosotros incluidos. A veces parece que lo esencial no es garantizar la convivencia, sino que el techo de la catedral permanezca impecable y que las paredes se mantengan limpias.





Fotografía José Luis Díaz

Desde hace más de cinco mil años, las palomas han sido domesticadas para convivir con otras especies, en especial con la humana. Hasta hace poco, habitaban incluso dentro de las casas, ese espacio que consideramos íntimo, limpio y digno de cuidado. La primera vez que pude tocarlas fue gracias a un par de pichones caídos del nido, que algún humano había dejado en una caja, quizá esperando que otro se hiciera responsable. Supongo que es lo mismo que hacemos con todo aquello que no deseamos: lo abandonamos en la calle, bajo el cuidado de nadie, como lo hicimos con las palomas.

Con el tiempo comprendí que era necesario que sus padres abrieran los picos para alimentarlas y que cada gesto tenía un propósito: estaban hechas para habitar un mundo compartido. No existen en soledad. Al inicio se alimentan con ayuda y aprenden observando.

A medida que crecen sus cuerpos se ensanchan –sobre todo los de los machos–, sus picos se fortalecen y sus alas se vuelven lenguaje. Como todos los seres vivos, atraviesan etapas de aprendizaje y, en el mejor de los casos, aprenden observando a otras de su especie. Cuando rechazan la cercanía humana, responden con aletazos: las plumas golpean con fuerza, miran de reojo y se refugian en lo alto. Entonces surge la pregunta:

¿cómo se enseñarán entre ellas a esquivar las amenazas que saturan el espacio donde intentan existir?

Me gusta pensar en sus alas porque trazan distancias, imponen límites y recuerdan que ese animal frente a ti es capaz de volar. Desde lo alto lo observa todo, recorre cielos y habita un hogar más amplio que nuestras fronteras. A veces imagino que se posan en un poste de luz o en un semáforo, como si fueran miradores que consideran propios. Desde allí te ven –diminuta– entre calles, casas y carros, con tus problemas de humana que olvida que los espacios de cuidado son más amplios. Y que, si lo quisieras, también podrías reclamar el poste, el semáforo o el parque.

56

Recuerdo cuando las escuché aprender a volar. Desde las cinco de la mañana aleteaban sin descanso, lanzándose una y otra vez desde un pequeño borde. El sonido de sus alas se parecía al de un mueble que chirría al abrirse y cerrarse, repetido con cada movimiento. También emiten ruidos particulares al sacudirse, como quien se despereza o como un perro que agita el cuerpo para liberar energía. Me entristece pensar en todas las veces que esos sonidos ocurrieron sin que yo los advirtiera, sobre mi cabeza, bajo mis pies o en la copa de un árbol extranjero que nunca miré.

Es aún más placentero escucharlas bañarse y sacudirse en el agua de algún charco, una de sus actividades preferidas. Me recuerdan a nosotros en una piscina: se acicalan, juegan un rato y luego permanecen quietas en el agua, descansando. A veces, cuando las veo cubiertas de grasa o con manchas oscuras, pienso que solo eran palomas que buscaban un baño y no encontraron dónde hacerlo, llegando apenas a aguas contaminadas que ahora ponen en riesgo su vida. Resulta difícil aceptar que, en un mundo cubierto de agua, tan poca sea la que permanece limpia.

Mi sonido favorito es el de sus voces. Las adultas arrullan: coquetean, refuerzan el vínculo con su pareja, marcan límites o se acicalan entre ellas en busca de calma. Los pichones, en cambio, emiten un píar suave y agudo, con el que parecen pedir atención, abrigo o alimento. Incluso da la impresión de que cada uno tiene un tono particular, distinto de los demás, lo que permite a sus padres reconocerlos. Qué fortuna escuchar a un ser tan diminuto expresarse, y que lo siga haciendo aun en medio del bullicio urbano –pitos de carros, voces humanas, millones de ruidos–, porque lo que necesita decir es más importante.

Aún me asombra que, en medio de las calles que recorro –llenas de basura, cemento, carros, charcos aceitosos, restos de comida en descomposición y tanta hostilidad–, los padres de cualquier pichón busquen las condiciones mínimas para anidar, empollar

y alimentar. Y que, tiempo después, si ese pichón sobrevive, le enseñen a volar, a mirar con desconfianza y curiosidad a las demás especies, a ser ágil para encontrar un alimento escaso, a comprender que en las bandadas también hay disputas y que, a veces, la comida debe pelearse con otras aves y otros seres vivos. Si existiera un ranking de supervivencia en ese territorio de nadie que son las calles, palomas y ratas lo encabezarían. Y no porque lo deseen, sino porque no tienen alternativa.

Con el tiempo noté que las palomas no solo sobreviven: también disfrutan, sienten afectos y buscan placeres más allá de las condiciones en que viven. Observarlas atentamente ha sido una experiencia agri dulce, mediada por los gramos de lentejas crudas que llevo como parte de mi ofrecimiento en el intercambio. He visto cómo se acarician cerca del cuello con el pico para expresar afecto, cómo se cortejan con sonidos y movimientos. Incluso las palomas que conocemos como abuelitas –pequeñas y de plumaje café, a las que la ciudad decidió considerar aptas y no plagas–, y los copetones, comparten con ellas el mismo pasto y las mismas lentejas. Imagino que se trata de una alianza temporal, porque a esos otros también les ha tocado ajustar su dieta y disputar, de vez en cuando, un lugar en ese pedazo de césped y de alimento.

En los parques, mi lugar favorito para observarlas, caminan en pareja recolectando ramas y pelos de perro para construir sus

nidos. En bandada revelan sus jerarquías: suelen enviar a una exploradora a inspeccionar si hay alimento o algo de interés, y, si la suerte acompaña, el resto la sigue. Tienen una notable capacidad para reconocer patrones, rostros y voces de distintas especies. Por eso sé que mi propuesta de intercambio ha sido bien recibida: a veces me reconocen y me siguen. Esa es la parte dulce.

La parte amarga aparece fuera de los parques, en las calles saturadas de gente y cemento. Allí las he visto separarse de su bandada para morir, o tal vez esperando alimento y agua que nunca llegan. He sentido sus cuerpos pasar de tibios a fríos: ya no queda paloma, solo un cuerpo diminuto que sufrió. También las he visto aprender a existir sin dedos o sin extremidades, atrapadas por cabellos, alambres, hilos, cintas, lazos y toda esa serie de objetos que algunos no supieron que arrojaron a la calle, como si fuera un abismo que todo lo traga. Cuánto dolor encierra caminar o volar así durante días o meses. Qué ingenuos somos al creer que, porque no lo vemos –ni los residuos ni el sufrimiento de las palomas–, simplemente no existe.

En otras ocasiones las he visto convertirse en víctimas de diseños inútiles, como el de los carros, concebidos solo para reconocer cuerpos que superan el medio metro y resultan visibles para el conductor. No están pensados para percibir cuando una paloma –o cualquier otro ser pequeño– camina por las calles. ¿Quién

decidió que para recorrer la ciudad había que medir, moverse y existir de formas específicas? Como si ellas, y otros animales no humanos, carecieran también del derecho a habitarla. Una ciudad que levantamos sobre territorios que alguna vez fueron suyos, o a los que los trajimos y que ahora también ellas han elegido.

Yo también querría cagarme en los carros y en las cabezas de muchos humanos si me hubieran obligado a venir desde África, Asia y Europa hace más de cinco mil años, para servir en guerras cargando mensajes que no me importaban. Y que, siglos después, me llamen plaga y me nieguen alimento o refugio. Peor aún: que esa misma especie desee que no exista, solo porque sueña con millones de cajas de cemento hechas exclusivamente para humanos.

Son tan resistentes que, incluso tras la domesticación y el olvido al que las hemos relegado durante más de cinco mil años, transforman sus cuerpos y adaptan sus dietas para seguir vivas. Hacen nidos en los bordes de los edificios, aprenden a dormir sobre tejas estrechas y forman bandadas en cualquier rincón hostil de la ciudad. Y, con dignidad, continúan caminando entre nuestros pies, la basura, las calles, los parques y las llantas de los carros.

Por ahora, lo que sé es que las palomas huelen a calor, a alpiste y a otras cosas difíciles de describir, pero nunca a miedo, como nos han hecho creer. Sé también que ellas y yo somos seres sociales e interdependientes, que disfrutamos la vida en comunidad y que podemos relacionarnos con otras especies. Ambas rechazamos las ciudades que niegan los intercambios y, al mismo tiempo, podemos reclamar los techos que aún no han cerrado con púas, los parques, las fuentes, los muros y las calles.

Las palomas hablan todo el tiempo y no es difícil comprenderlas. Si pudieran expresarse en lenguaje humano, quizá lo primero que dirían es que bastan unos minutos de atención para entender que perseguirlas no es un juego cuando eres tú la perseguida y solo buscas alimento. Porque, en un mundo cubierto de basura y cemento, ¿quién no desearía un puñado de semillas limpias?



Fotografía José Luis Díaz

Escritos
ecologistas



Viajeras: un recorrido por los ecosistemas mosquerunos

Leo y Pedaleo

Una reflexión artística sobre el derecho a habitar y la memoria ecológica de los territorios.

Sobre la agrupación

Agrupación artística del municipio de Mosquera, Cundinamarca, dedicada a incentivar, fortalecer y fomentar el gusto por la lectura y el cuidado del territorio, empleando la lectura dramática, el clown, el teatro, el manejo de objetos y la bicicleta en búsqueda de promover el diálogo comunitario y el fortalecimiento del tejido social en el municipio.
leoypedaleo@gmail.com

Este texto parte desde la perspectiva sensible de nuestra visión como artistas creadoras frente a la problemática ambiental que viven los ecosistemas mosquerunos - Laguna de la Herrera, Humedal Gualí, Desierto de Mondoñedo-. Cuestionando y/o reflexionando sobre nuestra relación con otras especies en peligro de extinción, gracias a las acciones del animal (humano). Por lo anterior, iniciamos una indagación sobre las formas de habitar los ecosistemas del municipio desde las múltiples formas de vida, con el fin de reconocer la coexistencia junto a otras especies. Así, nace la obra: Viajeras. Una obra de teatro que nos permitió descubrir, habitar y habitarlos con los demás seres a través de la creación.

Para ubicarte, querido lector, el municipio de Mosquera pertenece a uno de los 116 municipios de Cundinamarca, ubicado en la sabana de occidente, conocido actualmente como *campos de gigantes*. Entre el territorio y sus habitantes se guarda un sinfín

de historias sobre la transformación desde una mirada animal (humana). Sin embargo, en el proceso de gestación fueron protagonistas las voces de algunos animales representativos de estos ecosistemas y cómo ellos podrían contar la historia desde su perspectiva. En la obra, nos cuestionamos e intentamos responder a las siguientes preguntas: ¿qué legado ha dejado el reptil, la laguna, los pescados y la rana al territorio mosqueruno?, ¿qué responsabilidad tenemos los animales (humanos) que habitamos este planeta para que los territorios perdieran su alma?

La agrupación Leo y Pedaleo, ha desarrollado procesos de Investigación-Creación desde y para el territorio, en esta oportunidad, durante la gestación de la obra "viajeras" descubrimos cuerpos de agua fragmentadas y contaminadas, montañas mutiladas, animales en peligro de extinción, un desierto infectado con basura y una Tingua (autóctona de la sabana) resistiendo con su pico color amarillo en el humedal Gualí. Lo anterior, nos permitió cuestionar desde una perspectiva antiespecista y ecologista, la manera en que se ha entendido el territorio mosqueruno como recurso o propiedad exclusivamente humana y empresarial. Por esta razón, nos interesamos en construir nuevas narrativas del espacio a través de la creación de historias fantásticas para hacer un recorrido por cada lugar desde la manipulación de objetos, el uso del Kamishibai y el crankies.

Nos interesa aportar una mirada desde el arte para repensar los vínculos multiespecie, el cuidado del entorno natural, y las resistencias frente al extractivismo y la urbanización descontrolada en el municipio, posibilitando la reivindicación de los animales (no humanos) y el territorio como sujetos de derecho. Trasladando dichos ecosistemas de su lugar in situ que piden ¡AYUDA! a los espacios urbanos para encontrar rutas de diálogo donde se pueda reconocer su importancia y aporte a la preservación de la vida en sus múltiples manifestaciones.

Nos interesa mostrar los tres ecosistemas como un espacio común en disputa, donde diferentes formas de vida intentan coexistir, adaptarse y/o resistir; planteando preguntas sobre la pertenencia, el derecho a habitar, el desplazamiento forzado de especies, la memoria ecológica de los territorios, los hábitos que podríamos cambiar como animales (humanos) para minimizar el deterioro de estos ecosistemas y eliminar la violencia ejercida por décadas a los animales Mosquerunos que tienen derecho a habitar sus hogares en paz.

Como resultado de la interpretación simbólica y estética del público al ver la obra, se evidenció el desconocimiento frente a los ecosistemas y sus habitantes (flora y fauna) por parte de los animales (humanos). Se resalta, que por medio de la obra aprendieron sobre los ecosistemas y sus problemáticas, invitándoles a reflexionar sobre las prácticas cotidianas que

afectan o violentan sistemáticamente a la preservación y vida digna de los mismos.

Esta Investigación-Creación se enmarca en la necesidad de repensar el territorio como una construcción multiespecie, donde las voces y experiencias de los animales (no humanos) cuentan, importan, luchan. Creemos que el arte escénico puede contribuir a ese debate, al permitir imaginar otros modos de vida en común, basados en el reconocimiento, el cuidado y la justicia ecológica. El arte nos ayuda a pensar el territorio desde el conflicto, pero también desde la posibilidad de reparación y reconstrucción colectiva.





Foto Cortesía David A. Varela Trejo

En el acuoso lenguaje de la tierra: maritorio y la enseñanza de las tortugas

David A. Varela Trejo

Las tortugas enseñan que
el mar sabe más de lo que
podemos entender

Sobre el autor

Sociólogo por la UAM-Azcapotzalco, maestro y doctor en antropología por la UNAM. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el Instituto de Geografía de la UNAM. Dirige el Proyecto de Investigación Formativa, Antropología e Historia Crítica Multiespecie en la ENAH.
davidvrltrj@gmail.com

Una tortuga marina nace nutrida por la humedad, el humus y el calor que la playa le dona durante semanas. Rompe el cascarón y, con empeño, quiebra la arena, se ayuda de ella y brota ante la vastedad de la mar. Es de noche, el interminable ruido del oleaje debajo de una oscuridad espesa sobrecoge los sentidos. El paisaje es de una negrura matizada por los bordes de espuma de las olas: en el horizonte la interminable noche tibia se mezcla con el océano y su respiración. Para la diminuta tortuga quizá se trate de un llamado. La anciana ondulante le susurra volver a su misterio para habitar en sus aguas. Oculta de la mirada humana, se desliza como una partícula en el acuoso lenguaje de la tierra: el maritorio, una eco-estética del territorio en y desde el mar, donde lo humano tiene una actividad meramente transitoria e ignorante. Con el océano como ancestral maestro la tortuga devendrá navegante, aprenderá la mística lectura de la luna y, si tiene fortuna, volverá a la tierra donde nació para

desovar y sembrar a sus hijxs antes de retomar su compromiso con la humedad salina.

El maritorio tortuguero es un misterio que ni ciencia o poesía logran traer a la superficie. Las tortugas navegan en un espacio todavía rebelde. La ciencia conoce sobre su reproducción, desove, desarrollo temprano y adulto, su ecología general. Sabemos que somos su principal amenaza y que su extinción es nuestra responsabilidad histórica en esta era productora de ausencias llamada Antropoceno. El resto de su existencia permanece velada: a dónde van exactamente, qué es de sus vidas, de sus movidas, ¿cómo saben volver al lugar donde nacieron? Nada de eso se sabe... Son incógnita en movimiento, vida-archipiélago insondable dentro del maritorio que no les impone ninguna morfología en el habitar: fluyen disueltas en el paisaje y sus corrientes.

El maritorio es sentido, vivido y gozado por ellas; habitan con mareas de formas de vida; literalmente, ensambles oceánicos rehaciéndose con otros cuerpos en caldos intensos, temporales. En su escala bio-geográfica, el maritorio es la arquitectura hecha por distintas presencias marinas que se confunden con lo terrestre: devenir-tortuga es un hacerse intersticial. Se desplaza entre mar y tierra, vive con el agua, pero no respira desde ella. Siembra decenas de vidas con la ayuda de la luna. Desde lo profundo, el satélite guía a la tortuga a la orilla del

mundo terrestre donde otrora ella misma nació, bajo el cuidado compartido entre la luna y su madre a través de vínculos pegajosos. Ahora ella honrará esas tradiciones de su milenaria cultura lunática.

El maritorio es espacio para el mito, el relato sobre los comienzos o el origen impreciso de los acontecimientos que hacen historias. Las tortugas han donado sentido a las vidas humanas: fueron descritas como peces con escudos redondos, seres del gran agua dieron nombre a amplias superficies continentales. Nadan en el cosmos sosteniendo la tierra una sobre otra y así sucesivamente. Son como agentes del misterio, una manifestación de sociabilidad alter-humana en la frontera de nuestro entendimiento: lo que ocurre sin que podamos darnos cuenta aun queriendo. Algunxs afirman que son navegantes que surcan rutas pretéritas más antiguas que los dinosaurios, otrxs, que siguen los cantos arcanos del océano y sus fuerzas magnéticas. Pero más allá de eso, callamos...

El misterio del maritorio-tortuga tiene su epistemología, una forma de conocimiento inhumano; un saber que nos excede, cuyas mareas no se dejan domesticar por categorías modernas. Las tortugas y el mar nos mantienen ignorantes, no por castigo, sino porque no les interesa ser explicados. Pensar con las tortugas es dejarse arrastrar por un saber no lineal, sensible, solitario, callado, silencioso, flotante, que fricciona, de

movilidad relativa. Un saber que ondula, canta en frecuencias lentas y místicas, respira con el mar adentro y, para moverse mejor, se apoya en otros. Un saber de la lentitud, la paciencia y la calma. Un saber antimoderno, que no es rápido y rehúye al ritmo ansioso del saber-apropiar. Un frágil saber nómada, capaz de mostrarse u ocultarse. Su presencia es política radical del no-saber; geografía del no mapa; una cartografía de presencias fluidas sin territorios como propiedad, sin mapas como experiencias objetivas.

La política del maritorio está en su contra cartografía y su anti conocer humano. Un espacio vivido y hecho por vidas entrelazadas cuyos trazos permanecen vedados a nuestras humildes percepciones y tecnologías de rastreo. Las tortugas marinas se desplazan evidentes solo para quienes ejercitan otras artes de la atención: aquellxs que surfean mareas no humanas, nadando en inteligencias con cuerpos que apenas alcanzamos a intuir. Están fuera de cualquier traducción irrespetuosa de lo profundo. Su misterio no es ausencia de saber, sino una forma de conocimiento que se nos escurre de todos lados. Las tortugas exceden los logos humanos para habitar entornos-"sin"-humanos. El misterio se resiste al control. El maritorio es un ensamblaje de murmullos pelágicos y polifonías que no están dirigidas a nosotrxs.

Pensar-con-tortugas es atender a la política de su presencia y el problema del especismo oceánico, la extinción y la conservación de sus vidas en manos humanas. El saber es importante y aquí se abre una grieta profunda. La conservación se organiza desde tierra, pero la vida de las tortugas es en el mar, al acecho de males antrópicos monstruos como la pesca, o la basura que, para su mala suerte, se parece a su comida. Esta cuestión no solo plantea problemas "logísticos" sino políticos, epistemológicos y afectivos sobre los modos de habitar mundos. Los gestos bien intencionados y necesarios siguen atrapados en lógicas de control, territorialidad, anclas y cercamientos desde traducciones antropocéntricas del cuidado maritorio. Para cerrar, esta fricción genera preguntas.

¿Qué se conserva cuando sólo percibimos lo que entra en la tierra? ¿Qué sentidos se pierden en la traducción de la vida marina desde los marcos de habitabilidad (antropocéntrica-) terrestre?

En muchas playas, de México, por ejemplo, una tortuga ya no puede dejar sus huevos en la tierra que ha elegido porque hay peligros que se escapan a sus fuerzas y maneras de afrontar los problemas. La intervención humana en las costas terrestres es inevitable. Los huevos son retirados de los nidos, a veces mientras una madre está desovando, para ser contados, replantados, cercados y gestionados por humanos bien

intencionados, con el fin de asegurar su futuro. Las místicas madres tortugas que entran a las costas acompañadas por la luna, a veces, cierran nidos vacíos. Quizá se conserva el final de un viaje y un retorno al mar de esperanza posthumana. ¿A dónde regresa la madre...? Los huevos son cuidados y al nacer, devienen en atractivo turístico, se vuelve un espectáculo la partida de aquello que solo percibimos entrar en tierra. Su misterio se comercializa para sortear las precarias condiciones de la conservación de especies en México.

Perdemos la mitad del viaje, sujetos a nuestros territorios antropogénicos, nos perdemos la vida marina misma. Pero también, al entrar en contacto con su misterio, con la manera en que, cuando trabaja en sus huevos, nos ignora, nos vuelve sensibles a ese mundo del otro lado de la oscura espesura de las olas. Somos incapaces de sentir fuerzas de marea; sus necesidades más vitales se nos escapan ante la inmensidad del mar. Somos impotentes para cuidar lo inaccesible y, forzados a pensar desde una escala de habitabilidad planetaria donde el capitalismo-especista ordena nuestras relaciones con el mundo, las tortugas desaparecen ante la precariedad de nuestras fuerzas. La habitabilidad terrestre se sostiene por la contaminación de los mares, ríos y océanos. La contaminación y toda esa basura son una fuerza espectral en el presente y habitará por más tiempo el futuro que nosotros.

Las tortugas nos enseñan cosas valiosas. Entre ellas, que podemos cuidar acompañando y no localizando, sujetando. Ellas no controlan el camino o la trayectoria, sino que honran las derivas y las rutas que se escapan a la imaginación o que solo ésta puede captar. Sumergirse en el misterio como práctica ética es admitir que toda traducción corre el riesgo a la parcialidad, y que hay mundos que no existen para nosotros y nos sostienen. Conservar no es desear la captura del otro; es una reverencia a lo que no nos pertenece y nos mantiene curiosxs y atentxs.

La noche ha perdido espesura con la entrada de la luna llena en el cielo. Una tortuga que ponía sus huevos en los límites de un litoral ha terminado su labor. Su cuerpo entero se marcha, arropado por la negrura de las olas, hacia el tibio horizonte de una noche sin estrellas. Se aleja con el llamado de otra madre. La anciana ondulante le pide regresar e inunda la orilla de agua para extender su cuerpo y traerla pronto hacia ella. Una vez tocada por la mar, la tortuga se pierde en su vientre. Mientras tanto, en el oscuro cielo, su otra madre, la luna, alumbra con blanca luz su caparazón, hasta que se pierde por completo una vez más en el hondo misterio de sus marítimas travesías.

Referencias

Álvarez, R, Ther-Ríos, A, Skewes, J. (2019) "Reflexiones sobre el concepto de maritorio y su relevancia para los estudios de Chiloé contemporáneo", Revista Austral de Ciencias Sociales, 36. pp. 115-126

Bateson, G. (2002) Espíritu y naturaleza. Amorrortu

González, A., y Ávila, I. (2022) Glosario de resistencia animal(ista). Ediciones desdeabajo

Krenak, A. (2021) Ideas para postergar el fin del mundo. Prometeo

Yong, E. (2022) La inmensidad del mundo. Ediciones Urano

Velasco, C. (2023) Navegantes ancestrales: Por qué maravillarnos con las tortugas marinas. La Pollera.

Early, M. (2021) Voces del oleaje. Ecología política de las tortugas marinas. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



Foto Cortesía David A. Varela Trejo

Alimentación vegana



Foto: Cortesía Ana y Angélica

Alimentarnos en re(d)lación como pedagogía: un ensayo crítico que explora las intersecciones entre el sistema agroalimentario globalizado, las agroecologías y el antiespecismo

Ana Gabriela de los Santos Puc
y Angélica Paz Valdez

Reaprender a comer es
volver a tejer la red de la
vida que nos sostiene

Sobre las autoras

Ana Gabriela de los Santos Puc: Ingeniera Agroecóloga por la Universidad de Chapingo, Permacultora certificada por Permaculture International Institute y Maestra en Educación para la Interculturalidad y la Sustentabilidad por la Universidad Veracruzana. Especialista en soberanías alimentarias e incidencia local (CONAHCYT-CIATEJ), es co-creadora de Somos Selva y SelvArte, proyectos centrados en niñeces desde pedagogías populares y agroecologías. Fundadora del proyecto ecosocial Permea, narradora gráfica y aprendiz del monte.

Angélica Paz Valdez: Psicóloga por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y Mediadora de lectura del Programa Nacional de Salas de Lectura, creadora de la sala itinerante Lectura en voz libre para voces en resistencia. Co-creadora de Somos Selva y SelvArte, y colaboradora de Permea Holística. Aprendiz de la tierra.
permeaholistica@gmail.com

Introducción

En el presente ensayo se exploran las intersecciones entre los sistemas agroalimentarios globalizados, las agroecologías y

el antiespecismo, partiendo de un análisis crítico de un sistema alimentario regido desde la lógica del modelo extractivista que devasta ecosistemas enteros para la producción de alimentos-mercancías, configurando redes globalizadas que generan una desterritorialización alimentaria que pone en evidencia el rol predominante de esta estructura alimentaria en la muerte sistemática de especies y de seres humanos racializados y empobrecidos.

En contraparte exploraremos las apuestas desde la diversidad de agroecologías para restaurar los vínculos alimentarios re(d)acionales que posibilitan la reproducción de la vida como un propuesta antiespecista crítica, pedagógica y contextualizada desde la experiencia Agroselva Escuela Viva, una escuelita custodiada por la colectiva Permea, donde la reconexión con la red de la vida que nos alimenta es memoria, presente y futuro.

Desterritorialización alimentaria

Los sistemas agroalimentarios globalizados son un sistema mercantil que devasta selvas, bosques, mares, microorganismos y macroorganismos a su vez. Se han establecido desde el despojo territorial y las estructuras que se dibujaron desde la colonia y continúan vigentes a través de los discursos de "alimentar a un mundo siempre en crecimiento, siempre en desarrollo". Sin embargo, esconde sus verdaderos objetivos

entre especulaciones en Wall Street, comida en paquetes estéticos y una desterritorialización alimentaria.

Estos se han configurado con mayor intensidad en las últimas siete décadas de la historia moderna al ritmo de la proliferación del uso de los combustibles fósiles. En tiempos de posguerra entre 1940 y 1950 se emprendió la revolución verde como un proceso de transformación de las formas tradicionales de hacer agricultura (Ceccon, 2008) en el cual desde el acaparamiento de tierras, abusos, mentiras, así como mecanismos de las políticas internacionales que perpetúan y agrandan las desigualdades entre países del sur y los del norte global, se impuso un modelo tecnificado agrícola que incluyó un paquete tecnológico inspirado en artefactos y armas bélicas, como los tractores y los agroquímicos. Así también, se instauró la monocultura, la hibridación de semillas y su patentado, así como el uso desmedido de fertilizantes inorgánicos.

De dichas innovaciones impulsadas para salvar a un mundo posguerra del hambre, se han documentado efectos devastadores para la vida, como la pérdida de ecosistemas por cambio de uso de suelo para la expansión de dicho modelo, lo que ha representado la devastación de bosques y selvas, la eutrofización de los océanos que generan zonas completamente inhóspitas en los mares, la pérdida de la agrobiodiversidad, el declive de los polinizadores, entre otros múltiples efectos.

Para comprender la magnitud de las afectaciones; de los nueve límites planetarios propuestos por Rockström en 2009¹, (Planetary boundaries, s. f.) al menos cinco de estos se vinculan directamente como efectos del modelo alimentario del agronegocio. Además, dicho modelo también somete la vida de seres humanos racializados, esclavizados y empobrecidos.

Asu vez, esta mercantilización e industrialización de la agricultura ha transformado como efecto y causa los flujos y dinámicas en las cadenas alimentarias, es decir, para que el modelo en sí sea lucrativo en una economía globalizada, necesita que el alimento viaje largas distancias para abastecer la oferta y demanda del mercado. A la par, la occidentalización de las dietas transforma los paisajes agrobiodiversos en espacios estériles de jardines exclusivamente estéticos, no productivos, no alimentarios.

Así, los vínculos territoriales sostenidos desde las relaciones de dependencia alimentaria se van desdibujando, generando una profunda desterritorialización alimentaria. Con lo anterior, nos

¹ Los límites planetarios son evaluaciones cuantitativas de los límites seguros para la presión humana; fueron propuestos por primera vez en 2009 por un grupo de 28 científicos de renombre internacional, liderados por el exdirector del Centro de resiliencia de Estocolmo, Johan Rockström. El marco destaca nueve procesos de cambio global en los que las actividades humanas afectan el funcionamiento del sistema terrestre, estos son: 1. Cambio climático, 2. Entidades novedosas (abarca organismos genéticamente modificados), 3. Agotamiento del ozono estratosférico, 4. Carga de aerosoles atmosféricos, 5. Acidificación de los océanos, 6. Modificación de los flujos biogeoquímicos, 7. Cambio del agua dulce, 8. Cambio de uso del suelo, 9. Integridad de la biosfera.

Por un lado, esto sucede por medio de la explotación de especies "domesticadas" para el abastecimiento de las cadenas alimentarias globales; pero también al eco de la falta de comprensión sobre las complejas redes alimentarias que sostienen los ecosistemas, lo que en muchas ocasiones termina



simplificando la problemática especista a aquellas especies exclusivamente vinculadas en sí a los modelos agroalimentarios dominantes desde sus mismos parámetros, es decir; las especies sobreexplotadas por la industria agropecuaria, generando una invisibilización de las afectaciones a muchísimas otras especies.

Lo anterior, deja al margen la posibilidad de un discurso más extenso sobre una problemática de raíz, que no podría solucionarse solamente transformado los hábitos de dietas omnívoras a veganas. Ya que el sistema extractivo-colonial se seguirá mimetizando desde la capitalización de cualquier manifestación que solo pretenda resolutive desde la superficie. Shiva (2022), señala la industria de comida basada en plantas, creada en laboratorios que producen "carne, lácteos y alimentos artificiales"; siendo muchos de soja, trigo y otros cultivos que se producen de forma extensiva con monocultura.

Además, la comida globalizada es ya producto de la devastación, explotación o saqueo de hábitats de muchas especies, pues todo lo que se mueve en el planeta tierra depende hoy día de los combustibles fósiles; una industria que destruye los espacios de vida de muchas especies. Por ende, estas sólo son falsas soluciones que enriquecen a oligarquías.

Agroecologías y antiespecismos

Pensando en la necesidad no solo en términos de una coyuntura innegable de fin del petróleo sino desde una posibilidad viable de vida en relación que trascienda el capitoloceno, retomaremos reflexiones desde las agroecologías políticas.

Con esto, nos referimos a aquellas impulsadas desde movimientos de base de campesinas, campesinos, habitantes de las periferias y ciudades, así como naciones y pueblos originarios que han resistido y re-existido al embate de los sistemas de opresión colonial, ante las múltiples estrategias de saqueo de lo material e inmaterial. Entre estas, la imposición de un modelo ontológico único que ha sometido e intentado borrar las cosmovisiones relacionales alimentarias, tal como las simulaciones de transiciones agroecológicas tecnócratas y discursivas impulsadas por los mismos gobiernos que pactan y ceden en la política internacional a los tratados de libre comercio que despojan de autonomía y soberanía alimentaria a comunidades más que humanas y humanas.

Un temaque puede parecer lejano o completamente desvinculado de las cotidianidades de quienes habitan las ciudades, sin embargo desde nuestra tesis, que comprende a las ciudades más bien como espacios cúspides del proyecto civilizador-colonizador que ya en sí mismas por su estructura y dinámicas imponen un modo de habitar único,

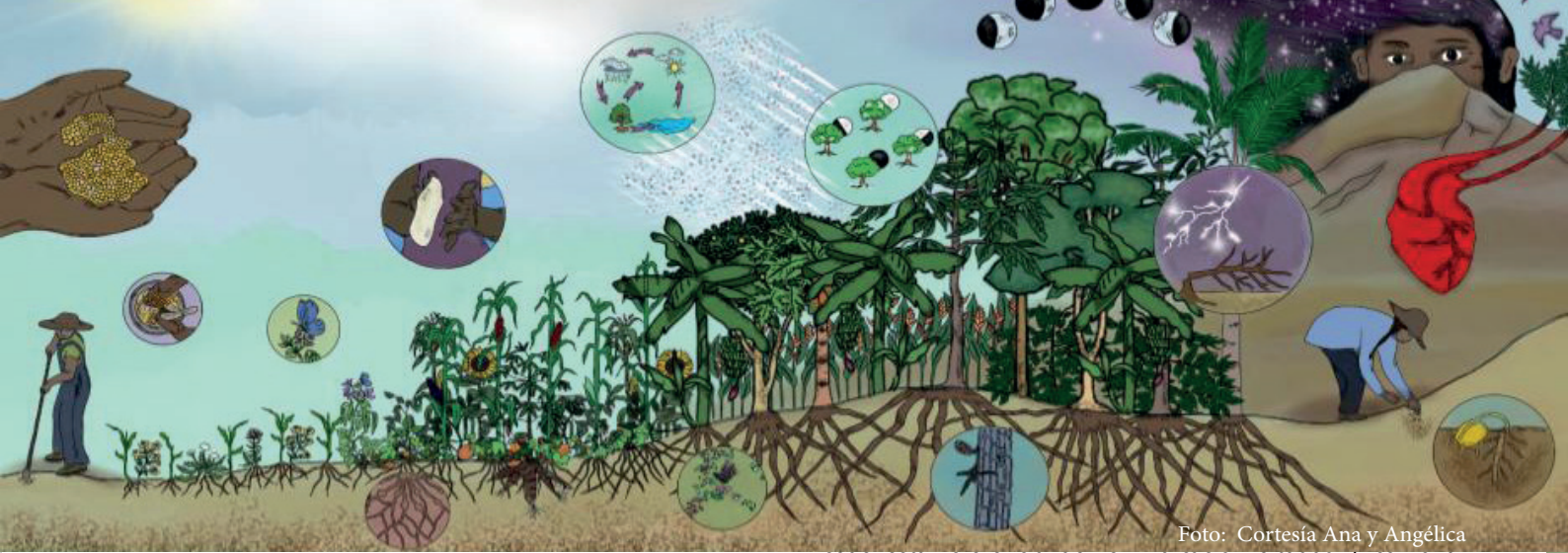


Foto: Cortesía Ana y Angélica

desterritorializado y especista, nos posicionamos desde una agroecología política que transgrede la ciudad-extractiva-colonial no sólo desde lo estructural sino también desde lo simbólico.

Así, la reivindicación de las relaciones con la tierra, la vuelta a las prácticas agrícolas que revitalizan los suelos que se sostienen desde los conocimientos locales, los saberes y sabores de los territorios en donde se producen, rememoran y cultivan, no son meras prácticas tecnócratas sino formas de desobedecer a un sistema que insiste en borrar lo que nos une a los territorios vivos.

propuesta antiespecista crítica, pedagógica y contextualizada, nace uno de los ejes de la colectiva Permea; el alimento como puente de conexión con la red de la vida que nos alimenta y la reterritorialización de los procesos alimentarios, que a su vez se concreta en la creación de la Agroselva Escuela Viva.

La Agroselva Escuela Viva funge como una comunidad de aprendizaje autogestionada por Permea y que de forma gratuita acompaña cada, año durante tres meses, a jóvenes y personas adultas de diferentes localidades periféricas y de la ciudad de Villahermosa, Tabasco en el sur de México.

Así, la red de la vida que nos alimenta emerge como una

propuesta antiespecista crítica que aspira a ampliar la mirada partiendo de que el alimento se sostiene de redes reproducidas por múltiples especies visibles y también seres invisibles, esta propuesta a su vez se aborda de forma reivindicativa desde el giro ontológico con miras a explorar rutas para trascender una visión que objetiviza la vida, la ordena, la jerarquiza y la somete hacia formas otras de relación con las redes multiespecies que sostienen el alimento, es decir, re(d)lacionales (De los Santos & Guzman, 2024).

La red de vida hace referencia a las vastas conexiones de interdependencia que los seres vivos mantienen desde relaciones. En términos de la agroecología, cuando observamos los agroecosistemas desde sus estructuras y funciones se deja entrever las complejidades de estas redes, en donde el alimento es crucial como base de dichas interacciones. Es así como tan sólo en el suelo participan una inmensa diversidad de microorganismos, meso y macrofauna, invertebrados y vertebrados, raíces para sostener no sólo a las plantas sino que el suelo en sí mismo como organismo participa dentro de redes globales de ciclaje de agua y nutrientes, fundamentales para la reproducción de la vida. Desde esta perspectiva pensar el alimento desde la red de la vida, es un acercamiento a cuestionar nuestra propia dependencia como especie homo sapiens a dichas, redes, flujos, dinámicas e interacciones en las que también podemos hacer parte desde la creación.

Foto: Cortesía Ana y Angélica





En este marco de referencia la agrobiodiversidad trasciende de ser una etiqueta al margen de los usos y funcionalidades de la biodiversidad al servicio agronómico, hacia un concepto expandido a dimensiones ecosistémicas. Así, la agrobiodiversidad no sólo incluye especies de animales “domesticados” y plantas cultivadas, sino que abraza a las múltiples especies que participan en las redes de interacciones ecológicas dentro de los agroecosistemas. Así, desde bacterias hasta anfibios, avifauna y muchas otras más, integran esta concepción.

Las metodologías que hacen posible este tipo de acompañamientos, son las ecopedagogías populares, inspiradas en la educación popular y la pedagogía de tierra, de tal forma que el volver a observar, más allá de la razón, la dialogicidad crítica que nos permitió hacernos preguntas, escucharnos, reconocernos en alteridad, las prácticas narrativas que nos acompañaron a re-narrarnos en vínculo con la vida, y las cartografías sociales que nos ayudaron a hacer memoria y trazar posibles futuros, estas fueron algunas de las estrategias que coadyuvaron en el acompañamiento de la comunidad de aprendizaje.

De igual forma y como complemento, durante la escuelita se reflexiona en torno a la memoria alimentaria para evocar una historicidad crítica de los lugares hoy concretizados. A su vez reflexionar sobre las relaciones que modificaron nuestras dietas en aras de repensar y reimaginar las vías para una

reterritorialización alimentaria en un presente, construye un futuro fértil, post extractivo y antiespecista.

Referencias

Ceccon, E. (2008). La Revolución Verde tragedia en dos actos. Ciencias, 1. <https://www.redalyc.org/pdf/644/64411463004.pdf>

De Los Santos Puc, A. G., & Guzmán Velázquez, K. H. (2024). Trazando cartografías afectivas para tejer horizontes ecoterritoriales. En Feminismos ecoterritoriales en América Latina. https://rosalux-ba.org/wp-content/uploads/2024/04/Feminismos-Ecoterritoriales_240405_125543-1.pdf

Planetary boundaries. (s. f.). Stockholm Resilience Centre. <https://www.stockholmresilience.org/research/planetary-boundaries.html>

Shiva, V. (2022). The corporate push for synthetic foods: False solutions that endanger our health and damage the planet. En <https://navdanyainternational.org/>. <https://navdanyainternational.org/wp-content/uploads/2022/04/The-Corporate-Push-for-Synthetic-Foods-Rev3.pdf>

Vaca Lechera

Aixa Hernández López

Sobre la autora

Activista por los derechos de los animales no humanos desde hace varios años, licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad del Quindío y estudiante de Artes Plásticas en la Universidad de Puerto Rico.
@anotheranimalart





Foto: Cortesía Angel Hernández

Serpiente de maíz

Angel David Hernández
Morales

Serpiente y maíz, unión
sagrada de tierra y vida.

Estencil y tinte natural
23 cm x 16.5 cm
México, 2021

Sobre el autor

Originario de CDMX (1984), Egresado de Artes Visuales (EIA4-INBAL,2024) y Planeación Territorial (UAMX,2011); ha participado con obra plástica en IDEWO Desing Art Book (2ªed.2025) y desde 2020 en 23 exposiciones colectivas. Actualmente, imparte talleres de gráfica, dibujo y mural efímero "Arte y Educación Ambiental en Comunidad" (Colectivo Almendras CDMX).
hmad.inc@gmail.com

La serpiente, nacida de la entraña de la tierra, es guardiana de la profunda conexión ritual con los ciclos naturales y del cultivo de maíz; este es el sustento milenario y símbolo de la vida humana en la cosmovisión de numerosas culturas originarias de América. Son identidad, tradición y ritual biunívocas: maíz es cuidado y respeto, la serpiente es origen y retorno.

Como muchos organismos, se ven amenazados por la alteración del hábitat, el desconocimiento y el desinterés potenciados y materializados por la emergencia climática, que presionan su adaptación y hasta su supervivencia, reduciendo sus poblaciones sin la necesaria comprensión de su importancia ecosistémica. La colaboración es la herencia con la que estamos en posibilidad de recuperar los saberes y transmitirlos responsablemente para valorizar y asegurar la eternidad de la vida.

Contra

culturas

antiespecistas



Foto: Cortesía Mónica Páez

El azul no nos pertenece: una mirada antiespecista desde la fotografía submarina

Mónica A. Páez Espinosa

Invita a mirar el mar sin
poseerlo, a fotografiar
sin dominar: una ética
visual que acompaña, no
captura

Sobre la autora

Fotógrafa ecuatoriana, residente en las islas Galápagos, cuya práctica se basa en la exploración visual como forma de narrar, investigar y resignificar el paisaje. Aunque su vínculo con la fotografía inició desde temprana edad, fue en 2019 cuando se certificó en el Instituto de Fotografía de Nueva York. Su formación se ha enriquecido con más de 30 años de experiencia en el ámbito de la hospitalidad, lo que le ha permitido desarrollar una sensibilidad particular hacia el territorio y sus formas de habitarlo.

contacto@monicapaezartist.com

En una época saturada de imágenes, donde el mar se ha vuelto un recurso visual inagotable para la estética digital, la fotografía submarina corre el riesgo de convertirse en una forma más de explotación simbólica. Pero, ¿puede esta práctica ir más allá de la mera representación exótica y proponer una experiencia de cohabitación ética con lo no humano?

Este ensayo parte de una pregunta esencial: ¿cómo narrar el océano sin dominarlo?, ¿cómo mirar sin poseer? Frente al avance extractivista y el colapso ecológico, el mar ya no puede seguir siendo concebido como frontera, recurso o escenario. “El azul no nos pertenece” se articula como una propuesta

visual y teórica que interroga la imagen desde una perspectiva antiespecista y decolonial, buscando abrir espacio a formas de encuentro que no reduzcan los cuerpos marinos a objetos de contemplación, consumo o clichés.

Más allá del exotismo: una crítica al canon visual

La fotografía submarina ha operado históricamente desde una estética eurocentrada que exotiza el océano, presentándolo como un escenario sublime, puro o visualmente impactante, silenciando sus historias de vida, conflicto y agencia. Esta mirada, heredera del imaginario colonial, convierte al mar en un “otro” fascinante pero pasivo, que solo existe en tanto es observado. Esta exotización –frecuentemente reproducida en documentales, redes sociales o publicaciones turísticas– silencia las historias de desplazamiento, resistencia y dolor que coexisten bajo el agua: redes que arrastran, residuos que asfixian, fronteras que se militarizan, turismo masivo.

A diferencia de estas aproximaciones, esta obra propone un archivo sensible, donde los cuerpos marinos –tortugas, rayas, tiburones, lobos marinos, cardúmenes– no son signos decorativos, sino sujetos de historia, de agencia y de memoria (Yusoff, 2018). Así, el mar se revela no como vacío azul, sino como un archivo vivo de relaciones, trayectorias y afectos compartidos.

Territorios sin mapas: repensar lo marino

Desde una perspectiva ecológica crítica, es urgente desarticular la noción de "territorio" como propiedad o delimitación. La vida marina nos enfrenta a la existencia de territorios móviles, fluidos, sin mapas, y que, sin embargo, están profundamente habitados (Haesbaert, 2013). Las rutas migratorias de las tortugas marinas, los ritmos vitales del plancton o las corrientes que conectan archipiélagos son evidencia de una geografía no antropocéntrica.

Siguiendo a Arturo Escobar (2016), se propone una mirada multiterritorial que reconozca estos espacios como legítimos y en disputa. El océano no es un "no lugar", sino un territorio en resistencia, afectivo y político. Una de las grandes deudas del pensamiento crítico es, precisamente, integrar los territorios no humanos en nuestras luchas epistémicas y éticas.

Una ética de la imagen: estar-con en lugar de capturar

Inspirado en el principio dialógico de Mijaíl Bajtín (1982), este ensayo visual y literario rechaza las narrativas totalizantes para dar lugar a una pluralidad de voces y miradas. La fotografía aquí no se impone, sino que acompaña. No se trata de hablar "sobre" los animales marinos, sino "con" ellos. Esta distinción no es menor, marca el paso de una estética representacional a una ética de la co-presencia.

Cada imagen se construye como un acto de hospitalidad hacia lo otro. Los encuadres no buscan capturar la esencia de un animal, sino registrar el encuentro, el cruce de miradas, el silencio compartido. En lugar de apropiarse de la alteridad, la obra habilita un espacio polifónico donde múltiples voces –acuáticas, humanas, silentes– pueden coexistir sin ser jerarquizadas (Rancière, 2010).

Decolonizar el mar, decolonizar la mirada

La estética decolonial, como ha sido formulada por Walter Dignolo y Rolando Vázquez (Dignolo, 2013), nos invita a desmontar las estructuras visuales heredadas del colonialismo. Esto incluye no solo los temas representados, sino la propia forma de mirar y de narrar. En ese sentido, "El azul no nos pertenece" busca desobedecer las lógicas visuales dominantes, proponiendo una sensibilidad insurgente que se atreve a mirar desde otra perspectiva, desde las grietas, desde los márgenes del espectáculo.

No hay aquí espectadores ni espectáculos. Hay cuerpos en lucha, memorias sumergidas y preguntas incómodas: ¿a quién le pertenece el mar?, ¿quién tiene derecho a representarlo?, ¿desde qué lugar se construye la imagen?



Foto: Cortesía Mónica Páez

Imágenes que acompañan, no que explican.

Frente a la saturación visual del presente, donde las imágenes suelen imponerse como dispositivos de control o consumo, esta obra reivindica la posibilidad de una imagen que acompaña, que se deja afectar. No se trata de ilustrar un discurso, sino de construir afectos, de propiciar un encuentro ético con lo otro. El gesto fotográfico deja de ser un acto de captura y se vuelve un ejercicio de escucha. En lugar de hablar por encima de los cuerpos, este proyecto elige hablar al lado: compartir el silencio del agua, la quietud del fondo oceánico, la deriva de los cuerpos marinos.

Conclusión: hacia una política visual del estar-con

“El azul no nos pertenece” no es solo un título, sino una posición ética. Es una forma de afirmar que el mar no es propiedad ni metáfora; es territorio de vida, archivo de memoria y escenario de resistencias. En un mundo que se debate entre la crisis ecológica y la urgencia de nuevas narrativas, necesitamos una política visual que no reproduzca el extractivismo simbólico del arte y de la ciencia hegemónica.

Este proyecto propone, entonces, una política del estar-con: con los animales, con el agua, con el silencio. Una fotografía que no se apropia, sino que se implica; que no explica, sino que acompaña. Una imagen que no domina, sino que escucha.

Foto: Cortesía Mónica Páez



Referencias

Bajtín, M. M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México D.F.: Siglo XXI Editores. Recuperado en: <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgklclefindmkaj/https://circulosemiotico.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/10/estetica-de-la-creacion-3b3n-verbal.pdf>

Escobar, A. (2016). *Sentipensar con la Tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA. Recuperado en: chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgklclefindmkaj/https://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf

Haesbaert, R. (2013). *El mito de la desterritorialización*. México D.F.: Siglo XXI Editores. Recuperado en: <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgklclefindmkaj/https://teoriassobreelespacio.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/09/libro-el-mito-de-la-desterrito.pdf>

Mignolo, W. D., & Vázquez, R. (2013). *Decolonial aestheSis: Colonial wounds/decolonial healings*. Social Text. Recuperado en: https://socialtextjournal.org/periscope_article/decolonial-aestheSis-colonial-woundsdecolonial-healings/

Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial. Recuperado en: <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgklclefindmkaj/https://circulosemiotico.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/11/ranciere-jacques-el-espectador-emancipado.pdf>

Van, Bianca. (2020). Potential History: Unlearning Imperialism. *Kronos*. 46. 10.17159/2309-9585/2020/v46a15. Recuperado en: https://www.researchgate.net/publication/349942251_Potential_History_Unlearning_Imperialism

Yusoff, K. (2018). *A Billion Black Anthropocenes or None*. University of Minnesota Press. Recuperado en: <https://growingsyllabi.hotglue.me/?start.head.156866464778&download=1>



Ilustración: Katia Vicente-Pérez

Lo que dejé entre los árboles

Escrito por
Luna M. Barragán Tabares.
Ilustrado por
Katia Vicente-Pérez

Una vida enjaulada que
aún sueña con el bosque
y su madre perdida

Luna M. Barragán Tabares: Bióloga y educadora ambiental
Katia Vicente-Pérez: Artista y ecosistemóloga de la Red de Educación Ecosocial Akakana.
lunamariabarragan@gmail.com

Ojos gemelos: un par grande, un par pequeño. Me observan tras mi encierro. Risas, alegría, amor... todo lo que me quitaron está al otro lado de estas rejas. No estoy sola, pero no me siento acompañada. Todos aquí estamos rotos. Todos aquí tenemos la misma historia.

No recuerdo bien cómo era mi vida antes de esta cárcel, pero nunca olvidaré el día en que todo cambió. Lo repaso una y otra vez, preguntándome cómo pudo ser diferente:

Un beso cariñoso de mi madre me despertó temprano esa mañana. Me estiré, perezosa, entre sus brazos, sintiendo una calidez que ahora me parece imposible de encontrar. Entre la bruma, el bosque también despertaba. Era mi hogar, y no tenía límites... o, al menos, yo no los conocía. Las aves cantaban para despertarnos, o quizá lo hacían porque ya estábamos despiertos para escucharlas. La agitación crecía cada vez más con los llamados del líder, instándonos a movernos y abandonar nuestro

refugio nocturno en la copa de los árboles. Todos respondían con entusiasmo, emocionados por el inicio de un nuevo día.

Me aferraba a mi madre, agarrándome a su cintura con la ayuda de mi pequeña cola. Siempre me admiró la agilidad de ella. Se movía rápidamente entre las ramas. Como un águila en el firmamento, volaba en el dosel sin mayor esfuerzo. Yo escuchaba el corazón galopante que la llenaba de vitalidad y deseaba llegar a ser tan hábil como ella.

Nos agolpábamos cerca de mi padre, quien decidía nuestro rumbo hacia los árboles cargados de frutos. ¡Qué buena orientación tenía! Pronto llegábamos a un lugar precioso, con árboles rebosantes y aromas dulces y frescos.

Cada quien se concentraba en seleccionar las mejores frutas y brotes tiernos. Mi madre me daba a probar solo lo más fresco. Nunca había tenido el disgusto de saborear fruta magullada y cubierta de moscas; fue una de las desagradables novedades de la vida en el encierro.

Una vez todos satisfechos, emprendimos nuevamente el camino, siguiendo a mi padre. Finalmente, llegamos a un gran árbol frondoso que brindaba un ambiente fresco, a pesar de que el sol estaba en su punto más alto. Aquí paramos para descansar. Bueno, solo los grandes descansaban. Yo fui a jugar

con mis hermanos y hermanas. Nos balanceábamos en las ramas altas, buscábamos insectos en las grietas del tronco y nos perseguíamos con frenesí. De vez en cuando, una tía nos gritaba para que no fuéramos tan bruscos o para advertirnos del peligro de caer de una rama frágil.

En ese momento no lo noté, pero el bosque estaba demasiado silencioso. Algo inquietaba a los mayores. En un instante, mi madre me llamó, y obediente acudí a su regazo. Inocente, sin saber que sería el último abrazo.

Entonces, un trueno en pleno día soleado resonó en la cúpula verde. El tiempo se detuvo... y se reanudó cuando escuchamos el llanto de un hermano que se hallaba en el suelo. Sin explicación, su madre se había derrumbado: ¡el rayo la alcanzó! Enseguida, más rayos resonaron, y, una a una, las madres fueron cayendo, incluso la mía. No importó que intentaran huir; este fenómeno sobrepasaba sus capacidades.

En el suelo, llorábamos aferrados a nuestras mamitas mientras oíamos al grupo alejarse, libres entre los árboles. Sentí cómo la vida de mi dulce madre se escapaba. Sentí cómo aquel corazón indomable palpitaba cada vez más lento. Sentí cómo la calidez de su amor se disipaba... Con lágrimas en los ojos, me apartaron de ella y no pude presenciar su fin.

En una caja fría nos metieron a todos. Nos enmarañamos como pudimos, buscando consuelo.

Eso no fue más que el comienzo del dolor y el sufrimiento. Pasé incomodidad, hacinamiento, frío, calor, hambre, sed, enfermedad y tristeza... sobre todo tristeza. Vi la muerte de mis hermanos y de muchos otros que llegaron de la misma manera. Algunos eran muy pequeños y no resistieron el maltrato. Nos alimentaban con una leche insípida e infecta, que nos causaba enfermedad y humillación. Algunos luchábamos por resistir, pero otros solo deseaban el mismo fin que nuestras madres. Dejaban de comer y solo lloraban, aislándose por completo. No los culpo; la vida que nos tocó era miserable.

Nos llevaban de un lado a otro, según su antojo, sin brindarnos cuidados más que los mínimos para mantenernos con vida. Al poco tiempo, nuestro pelaje no era más que una pelambrera opaca y apestosa.

Las criaturas que nos llevaron aparentaban no ser tan distintas a nosotros, pero nunca podré entender su accionar. En el pasado, había visto a otros animales asesinar, pero con el único objetivo de alimentarse. Sabía que la carne regresaba al bosque, que las plantas te devoraban y que luego brindaban sus frutos. Era un orden lógico, donde cada uno de nosotros era parte de algo más

grande. Sin embargo, ¿cuál era mi papel ahora? Encerrada en una caja fría y estéril.

Ahora no estoy tan mal, dentro de lo que he vivido. Sigo prisionera en una caja, un poco más grande, pero nunca comparable con mi hogar. Llena de ramas de árboles muertos, al menos puedo balancearme perezosamente de un extremo al otro, recordando la agilidad de mi querida madre.

Abunda la fruta, pero no volví a probar los sabores dulces y frescos del pasado.

Como dije antes, no estoy sola, pero no me siento acompañada. Me uní al macho del grupo, es verdad, pero no siento el respeto que las hembras sentían por el que fue mi padre. En mi vientre se gesta un engendro. ¿Qué clase de ser voy a traer al mundo? Hijo de débiles prisioneros, nacerá preso.

Siento lástima por el fruto de mis entrañas, aún no nacido. Por lo menos yo supe el sabor del bosque y viví la felicidad en libertad, aunque fuera por corto tiempo. No sé si podré mirarle a la cara. No sé si podré darle el ejemplo admirable que me dio mi madre. No sé si podré brindarle calor de hogar.

Lo único que tiene garantizado es este grupo de inadaptados, esta familia rota.





Una reja nos separa. Barrio Aguada, Montevideo. 2023

Ciudad (anti) especista

Flor Castelar Figera

Ciudad donde toda vida
reclama su lugar.

Sobre la autora

Humana (demasiado humana), que se va por las ramas: apasionada por explorar la potencia de los vínculos multiespecie, las prácticas educativas comunitarias, los activismos sociales, la filosofía, la fotografía, la música, el cine y la ciencia ficción (entre otras muchas cosas que me mueven y me con-mueven).

florcastelar@gmail.com

Ciudad Especista es un proyecto que nace en Montevideo, Uruguay, a fines de 2020; en el cruce entre la práctica de la fotografía documental, la escritura poética, la reflexión filosófica y el activismo antiespecista. Surgió como un intento por capturar lo que muchas veces pasa desapercibido: las violencias especistas naturalizadas, impresas en la arquitectura, los ritmos y los gestos cotidianos de la ciudad.

La primera grieta se abrió durante un taller de urbanismo feminista; desde entonces, empecé a caminar Montevideo con una atención distinta, descubriendo escenas que antes no veía con esos ojos. Entendí que el espacio público no es neutro:

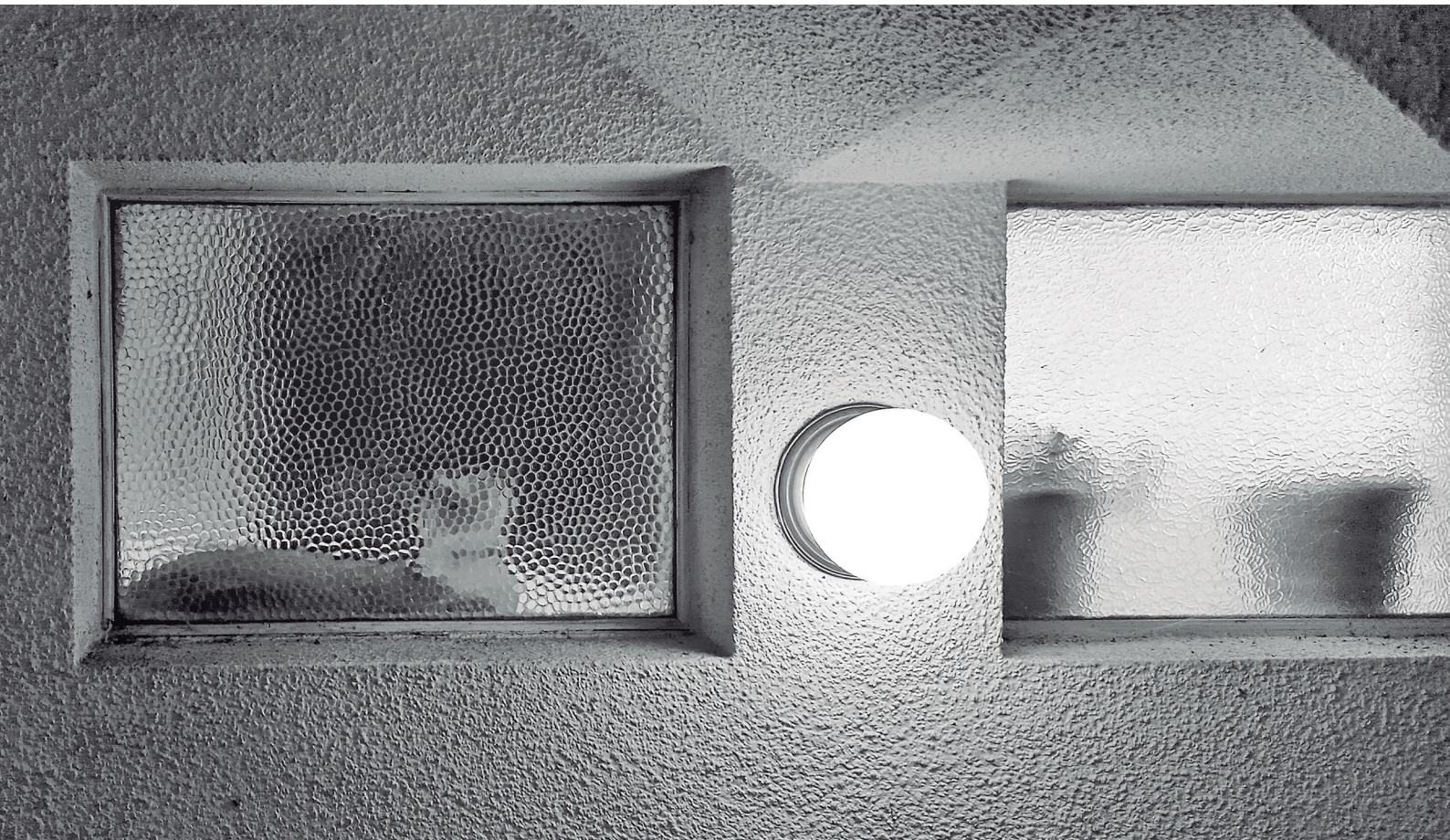
“Los espacios de la ciudad en los que desarrollamos nuestra vida cotidiana son los escenarios donde se representan jerarquías y

desigualdades, pero también la propia configuración y gestión urbana reproducen, legitiman y perpetúan desigualdades y relaciones de poder que son estructurales, aunque no ineludibles. La vida en la ciudad no es igual para todas las personas. ¿A quién beneficia la estructura y el diseño urbano de nuestras urbes?, ¿son justos para todo el mundo? ¿El diseño tiene en cuenta todas las maneras de vivir en la ciudad?” (Col·lectiu Punt 6, 2019, p.18).

La convivencia cotidiana con Tarko, un perro que pasó de vivir en la calle a compartir mi hogar en aquel entonces, marcó también una inflexión. Su presencia me llevó a cuestionar el concepto de mascotismo, el consentimiento y las lógicas del especismo que atraviesan esos vínculos.

El especismo, más que una actitud individual o un prejuicio aislado, constituye un orden estructural: un entramado tecno-bio-físico-social (González y Ávila, 2022, p.50) que organiza el mundo desde la supremacía humana. Se sostiene en la dicotomía humano/animal y en un ideal normativo de lo humano –varón, blanco, cis, adulto, heterosexual, racional, del norte global capitalista–, jerarquizando toda forma de vida según su cercanía o lejanía con ese modelo.

Este dispositivo también somete a los cuerpos humanos que escapan a esa norma. Por ello, el especismo debe entenderse como una tecnología colonial y capitalista de ordenamiento del



Vecina Felina, Barrio Aguada, Montevideo. 2023.

mundo, que opera en simultáneo con el racismo, el patriarcado, el capacitismo, el adultocentrismo, el cuerdismo y otras formas de exclusión. Las ciudades son escenarios distintivos de esa violencia.

Con todo esto en mente, durante mis derivas por la ciudad me dejé atravesar por la observación de lo cotidiano y un habitar más lento y atento. Descubrí entonces algo que hasta ese momento no me había preguntado: ¿y si en este espacio también están aconteciendo prácticas que resisten a las lógicas especistas impuestas por lo urbano? Acuden a mi memoria pequeños gestos –a veces invisibles, pero cargados de potencia política y afectiva– que imagino como líneas de fuga en el entramado especista de esta ciudad:

Una compañera de trabajo que enciende velitas por los gatos fallecidos en el barrio.

Una paloma herida en la vereda que insiste en volar.

Una madre que lleva una torta vegana a la escuela para celebrar el cumpleaños de su hija.

Una planta que rompe el asfalto y se afirma en su derecho a existir.

Tarko post cirugía. Barrio La comercial, Montevideo. 2021.



Una amiga que deja tarros con agua en las esquinas para los animales sedientos.

Un grupo de activistas que en la noche cuelga una pancarta en plena avenida: "NO HABRÁ JUSTICIA SOCIAL SIN LIBERACIÓN ANIMAL"

Reivindicar la ciudad como campo de resistencia al orden especista implica narrarla desde sus grietas, seguir sus derivas y abrirla a otras formas de habitar. ¿Y qué es una grieta? "Es la creación, perfectamente común, de un espacio o momento en el que afirmamos un modo diferente de hacer" (Holloway, 2011, p.40).

Esto nos sitúa no solo en un lugar de posibilidad, sino también –y mejor aún– de responsabilidad. "Hacerse cargo es, como dice Haraway, cultivar "responsabilidades", capacidades mentales y prácticas, pensar-con y actuar-con, comprometerse con los "otros inesperados"" (Araiza, 2021). Esta visión reconoce, además, a los animales más que humanos como agentes y participantes en las formas de vida compartidas, capaces de incidir en las decisiones, los afectos y las políticas cotidianas.

Hoy el proyecto se propone expandirse en esa dirección: hacer visibles las prácticas de resistencia –humanas y más que humanas– que ya irrumpen en lo cotidiano, para ensanchar los

imaginarios de lo afectivo, lo político y lo posible. Se trata de pensar la ciudad como terreno de disputa y confiar en que los afectos también constituyen una forma de acción.

Ciudad (anti)especista quiere ser eso: una conspiración amorosa multiespecie para crear futuros desobedientes.

Referencias

Araiza Díaz, V. (2021). Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway.

Andamios, 18(46), 413–441. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. En: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632021000200413

Ávila Gaitán, I. y González, A. (2022). Glosario de resistencia animal(ista). Ediciones desde abajo / ILECA. Bogotá.

Col·lectiu Punt 6. (2019). Urbanismo feminista. Por una transformación radical de los espacios de vida. Virus Editorial. Barcelona.

Holloway, J. (2011). Agrietar el capitalismo. Herramienta Ediciones. Buenos Aires.



Marcha por la liberación animal 5N. Barrio Centro, Montevideo. 2020.



Ilustración: Nicolas Benjamin Torres

“Espejos” y “Comunidad de juguete”

Nicolás Torres y
Maria Florencia Yael Bocca

Espejos que reflejan el
dolor del encierro y el fin
sin nombre

Nicolás Torres: varón transgénero, con TDH, ilustrador.
Maria Florencia Yael Bocca: "neurotípica", bailarina queer de tango, a veces escritora de poesías.
mfy86bocca@gmail.com

I Espejos

Donde estoy,
solo los espejos hablan mi lengua.

Estoy aturdido.
No puedo moverme. No puedo respirar.
¿Dónde estoy?
Tiemblo.
Veo mis ojos
a través de los espejos.
No son míos.
Pero aquellos no me ven.

No nos ven. Ven paredes.
Les suplico que paren. Pero no me escuchan.
Si pudiese pedir no haber nacido, lo pediría.
El encierro y la tortura destruyen a cualquier ser.

¿Nadie escucha cómo chillan los espejos?
¿Nadie ve cómo se quiebran?
¿Nadie ve mis ojos
suplicando piedad?

¿Alguna vez temblaste?
¿Alguna vez temblaste de miedo?
Estoy condenado al silencio.
Estoy condenado a la inmovilidad.
Estoy cautivo. Ya lo estaba,
desde el día en que nací.

Lo estaba,
desde el inicio de la humanidad.
Todos estamos cautivos: yo, vos, él, los espejos.
Pero el cuerpo duele demasiado.
¿Por qué los espejos son cada vez más opacos?
¿Por qué ya no puedo verme en ellos?
Quedé solo.

Ahora veo paredes con manchas de humedad
y sangre esparcida en ellas.

¿Dónde estoy?
¿Dónde están los espejos?

Un frío mortuorio se acerca.
Estoy más aturdido que nunca.
Tiemblo.

La oscuridad ahora es luz.
Ahora puedo respirar. Ya no estoy aturdido.
No tengo miedo de no saber dónde estoy.
No tengo miedo de morir. Porque ya estoy muerto.
Me mataron.

Ahora queda el lugar vacío para los próximos.
Una y otra vez
se opacarán los espejos
en el nombre de la humanidad.

Ahora me empezaron a desmembrar.
Ya no duele. Ya no aturde.
Ya no hace temblar.

Dejé de sentir todo lo que es capaz de sentir un cuerpo.
Nunca tuve un nombre. Nunca tuve un rostro. Nunca nadie me
llorará.

Dejé de existir.

Si es que lo hice alguna vez.

Pero algo de mí, existe
en este pedacito de papel trazado con lápiz negro.

Algo de mí, existirá
en mí, en vos,
ayer.



II Comunidad de juguete

Humedal de plastilina
pastito de papel glacé y un camino
dibujado con crayones que te conduzca directo al humedal
¡hasta nubes de algodón también habrá!
¿sabes? todos los días
a las seis de la mañana
se congregarán (las nubes)
y llenarán el humedal para que puedas nadar
para que puedas beber
y harán crecer el pasto para que puedas comer
y mojarán también el barro para que te puedas revolcar
y enchastrar
y seremos al fin comunidad
esa comunidad
de los otros y de (nos) otros comunidad imposible imposible de
pensar comunidad de juguete.

Inter
nacional



Collage: Laura Hermoso Fotografía: Ahmad Talat,

Palestina y el arma que nadie quiere embargar, la animalización

Frasco Fdez.

La animalización
sostiene toda
opresión: en
Palestina y en cada
cuerpo negado de
humanidad

Activista antiespecista, antirracista y LGBTQ+ que reside en el Estado español. Profesor de idiomas. Ha colaborado con grupos antiespecistas en Palestina, como es el grupo de rescate Baladi. Actualmente está trabajando en una investigación sobre cómo opera la animalidad en Palestina.

Ilustración @lau.hermoso
fraskofz@gmail.com

Gallant, ministro de defensa israelí, citado por Fabian (2023), dijo: "Estamos combatiendo contra animales humanos y actuamos de acuerdo a ese contexto", para anunciar el plan genocida que el ente sionista tenía entre manos, con el objetivo de convencer al resto del mundo de que la matanza estaba justificada y era necesaria. Gallant no estaba inventando nada, no es la primera vez que se usa la animalización de un grupo de personas para justificar la violencia hacia ellas, y tampoco será la última, si se sigue evitando atacar la raíz del problema. La animalización del pueblo palestino no comienza en octubre de 2023, sino mucho antes. En el momento en el que los fundadores del sionismo - un grupo reducido de europeos - decidieron en el siglo XIX que podían establecer su proyecto colonial en tierra palestina, después de analizar otros territorios en diferentes continentes (BBC Mundo, 2017),

dejaron claro a cuáles humanos privilegiarían. Analizando la historia del colonialismo occidental que se está llevando a cabo en Palestina mediante el sionismo, es posible ver claramente la conexión entre el colonialismo, el racismo y sus relaciones con el especismo. La animalización siempre ha sido el arma perfecta para sostener los proyectos de dominación. El sionismo no es una excepción.

En 2022 se estrenó Tantura (Schwarz, 2022), un documental que habla sobre la masacre de población palestina, contada por soldados israelíes que fueron testigos y perpetradores de los crímenes. Tantura, que se encontraba en la costa mediterránea al sur de Haifa, fue una de las muchas poblaciones palestinas donde se llevaron a cabo misiones de limpieza étnica en 1948. Sobre sus ruinas se encuentran hoy dos kibutz y un área recreativa israelí. Sin tener que prestar demasiada atención al documental, se puede ver y escuchar a un soldado que participó en la masacre, contando entre risas todos los crímenes de los que fue testigo, y cómo un compañero suyo, al que describe como "un ser humano brutal", encerraba a las personas palestinas en jaulas para después ejecutarlas.

Si bien el documental cuenta lo ocurrido en 1948, la población palestina no ha dejado de estar sometida a la estrategia de la animalización, produciendo en la sociedad israelí y global una mirada subhumana de las vidas palestinas. Esto es un

efecto de la propaganda colonial, en particular, y el sistema de dominación, en general: crea una jerarquía que se asume como natural, donde se dicta qué vidas merecen consideración y cuáles no. Lo que la sociedad especista entiende por “lo animal” es la piedra angular que sostiene todo este proceso.

Ko (2019), señala que ningún movimiento de liberación racial tendrá éxito sin abordar la situación del animal, haciendo un llamamiento a analizar “lo animal” como constructo colonial y supremacista, creado para someter y dar por sentada la jerarquía, dejando expuesta a toda persona o grupo de personas que no cumpla con lo que se considera “humano” (hombre blanco cis-heterosexual de clase alta con un cuerpo capacitado y normativo), ya que los demás cuerpos son potenciales objetos de animalización siempre que desde lo alto de la jerarquía sea conveniente o sean molestos, y al no existir un posicionamiento contra la dominación de los demás animales, no hay que esforzarse en inventar muchas excusas para ser violentos contra dichas corporeidades.

Cabe destacar que, durante estos años de recrudescimiento del genocidio, desde 2023, grupos y personas palestinas no han dejado de solidarizarse con los demás animales. Es el caso de Sulala Animal Rescue, un grupo formado originalmente por una familia gazatí, que desde el primer día se aseguró de hacer los desplazamientos forzados con los perros que podían caminar,

ya que ayudan también a perros que son alcanzados por las bombas israelíes, muchos de los cuales no pueden caminar grandes distancias. Habían estado trabajando estos años en construir un refugio para proteger al mayor número posible de animales que vivían en las calles de Gaza, y todo eso ha sido destruido por el ocupante¹.

Se les desplaza de su territorio, se les prohíbe la libertad de movimiento, se les asesina, son exhibidos como trofeos, se les encierra contra su voluntad simplemente por ser quienes son, se les vallan y se crean muros a su alrededor para impedir que puedan mezclarse con quienes se consideran estar por encima, se utiliza sus cuerpos como material de laboratorio y como meros recursos o mercancía para los dominantes; y a quienes se rebelan contra sus opresores, se les tacha de “dementes”, “violentos” y “peligrosos”. Sin poner en contexto, podría estar hablándose del pueblo palestino, de cualquier pueblo colonizado o de animales no humanos. No es que las opresiones se parezcan, es que forman parte del mismo entramado.

¹ Los demás animales están tan invisibilizados en general y en este tipo de situaciones en particular, que esto podría desarrollarse en otro artículo. Se recomienda contactar y seguir en redes a grupos que pueden informar sobre la situación de los no humanos en Palestina, como Sulala Animal Rescue (<https://www.instagram.com/sulalaanimalrescue/>), a Baladi-Palestine Animal Rescue (<https://www.instagram.com/baladi.palestineanimalrescue/>), o a The Palestinian Animal League (<https://www.instagram.com/palestiniananimalleague/>).



Imagen de Rahat_20 en Pixabay

Black (2009), expone que numerosas familias palestinas han denunciado que, cuando se les ha devuelto el cuerpo de familiares que estaban en la morgue israelí, les faltaban órganos o incluso las córneas. Hughes (2023), publicó un apartado de un reportaje para el Israel Channel 2 TV, donde una representante del banco de piel comenta a la reportera y a su compañero, que la piel se extrae principalmente de los cuerpos de los palestinos asesinados, así como de los trabajadores migrantes que han fallecido. En el mismo reportaje, otra responsable, respondiendo a la pregunta del reportero, confirma entre risas que el porcentaje de israelíes que donan es muy bajo, ya que prácticamente la sociedad israelí no es donante.

Que Israel experimenta sus armas con la población gazatí no es ningún secreto, como lo ha evidenciado Feldman (2013). De hecho, vende sus armas con el sello "probado en combate", al igual que herramientas de control social como el reconocimiento facial (Loewenstein, 2024). Microsoft fue puesto en el punto de mira por invertir en Anyvision, una compañía de reconocimiento facial israelí (Business & Human Rights Resource Centre, 2019). Por otro lado, el gobierno israelí dio permiso a diferentes compañías farmacéuticas para testar sus productos en prisioneros palestinos (Palestine Chronicle, 2019).

Lo de tomar los cuerpos sin consentimiento y utilizarlos como objeto es algo a lo que la sociedad está acostumbrada, solo que

no incomoda cuando se hace con los animales no humanos, del mismo modo que los supremacistas tampoco se incomodan al hacerlo con quienes consideran subhumanos.

En referencia a la política israelí de bloqueo al territorio palestino, se encuentran puntos de control o checkpoints, que pueden ser móviles o fijos. Cuando son fijos, estamos hablando de unas instalaciones que cuentan con una arquitectura y una estructura muy similares a las de los mataderos. No es casualidad. Edificios con techos muy altos, con la intención de dar la sensación de inferioridad a quienes tienen que atravesarlos, con una serie de vallas, puertas giratorias y pasillos metálicos, que dividen a los grupos en individuos que tienen que atravesar todo eso durante el recorrido, y donde la comunicación con el resto es bastante complicada, siempre bajo la supervisión de quienes controlan el paso para provocar una sensación de aislamiento. Y, al igual que los mataderos, cuentan con una disposición del espacio estratégicamente creada para que quienes estén trabajando en ellos, mantengan la distancia física y conceptual para ver como cosas a quienes tienen que atravesarlos.

Por otro lado, Israel se presenta como "el país más vegano del mundo" y se jacta de tener "el ejército más moral del mundo". Esto no es otra cosa que un lavado de imagen llamado veganwashing. Además, como lo plantean Gvion (2021) y Yanklowitz (2025), la población vegana en la sociedad israelí

Imagen de hosny salah en Pixabay



no es tan alta, y el veganismo que practican es un veganismo neoliberal y de consumo, todo lo opuesto a un veganismo popular. Cuando el veganismo se plantea desde el consumo y desde el individualismo, es cuando se dan situaciones como tener a veganos dentro de un ejército cometiendo crímenes contra la humanidad, porque su veganismo poco o nada tiene que ver con la liberación animal. Yasui (2025) sostiene que en el veganwashing israelí, los animales son el referente ausente, ya que no hay nada relacionado con un veganismo político o antiespecista, aspecto que se puede desarrollar más en otro momento.

Sebastian (2023), afirma que el consumo de animales refuerza las jerarquías raciales. No es de extrañar, que los estados que han llevado a cabo limpiezas étnicas en los territorios que ocupan y que tienen políticas de discriminación hacia la población originaria, sean los que encabezan la lista de consumidores de carne a nivel global (McCarthy, 2020). Del mismo modo que tampoco es casualidad, que todos esos estados celebren su día nacional con barbacoas y asados, fetichicen la carne y la consideren como símbolo nacional, ya que el consumo de carne es la mayor expresión, en este caso literalmente, de dominación.

Y es cierto que países no occidentales están aumentando el consumo de animales en las últimas décadas, pero eso se debe precisamente a que imitan el modo de vida occidental

y el sistema global impuesto por Occidente, a veces de una manera exagerada, como en una especie de llamada de atención a quien está en lo alto de "la jerarquía", para demostrar desesperadamente que son tan 'humanos' como quienes dominan, y que merecen estar más cerca de su posición.

Fanon (1952), señalaba que las aspiraciones de los individuos colonizados están inherentemente moldeadas por la cultura colonial dominante, que equipara la "negritud" con la inferioridad. Esto lleva a los colonizados a anhelar una "existencia blanca", perpetuando un ciclo de negación y racismo internalizado. El mismo autor plantea que, "Para el hombre negro, solo hay un destino, y es blanco". Por otro lado, "se nos trata como a animales", es una frase recurrente, que se utiliza cuando recibimos un trato que no consideramos digno, dando por sentado que el trato que se les da a los demás animales es totalmente correcto y normal. Para los humanos, su aspiración es no ser tratados como animales. Se normaliza el racismo, tanto como se normaliza el especismo. Y sobre la normalización de la opresión es de lo que voy a hablar en las siguientes líneas.

El 13 de diciembre de 2023, mientras todo el mundo estaba siendo testigo del genocidio, en Channel 13, canal de la televisión israelí, Shimon Riklin, periodista israelí, decía abiertamente y con tono arrogante, mirando a la cámara, que él estaba a favor de los crímenes de guerra y exigía que hubiese

que destruir Gaza, todo esto acompañado por las risas en el plató por parte de sus compañeros (Palestine on a plate, 2023). Otro ejemplo más reciente ocurrió el 29 de julio de 2024, cuando diez soldados israelíes fueron arrestados por la violación de prisioneros palestinos (CNN, s.f.). La sociedad israelí no dudó en salir a la calle, ir a las afueras de la prisión o hasta las puertas de los juzgados, no para protestar contra las violaciones, sino contra las detenciones de los violadores, como se evidencia en Lowen (2024) y Haqiqatjou (2025). Incluso se hizo viral una publicación en X por parte de un israelí, defendiéndose de quienes le acusaban de estar a favor de la violación, matizaba: "en el estado judío, según la ley judía, solo una mujer judía puede ser violada. La agresión a un no judío es un delito menor" (ShanghaiPanda, 2024).

Sio (2024), referencia cómo el periodista Yehuda Schlesinger, realizó declaraciones en Channel 12, donde presionaba para que la violación a prisioneros palestinos se convirtiese en Política de estado, diciendo que era una vergüenza que no estuviese aún institucionalizada. Todo esto, mientras se debatía en la Knéset, asamblea o parlamento israelí, si agredir sexualmente a palestinos estaba bien como forma de tortura.

Las protestas masivas llevadas a cabo por israelíes durante estos dos años de genocidio no eran para pedir el fin de este. Lo que esas protestas exigían era que se sacase a los rehenes de Gaza

con vida. La sociedad sionista no tiene ningún problema con la violencia hacia los gazatíes en particular, ni hacia los palestinos en general. Básicamente, porque ha sido gracias a esa violencia que se ha constituido su estado. Según Perlinger (2024), la mayoría de los israelíes detestan a Netanyahu, pero apoyan la guerra en Gaza.

La normalización de la violencia hacia el otro es similar en todas las situaciones donde se da, especialmente, si se cuenta con leyes e instituciones que permiten participar de esa violencia sin problema ni consecuencias. Esa es precisamente, la situación y actitud arrogante que nos encontramos las activistas antiespecistas, cuando exponemos la violencia y la dominación hacia las demás especies. Tanto para los especistas como para los sionistas, la violencia hacia el otro está tan normalizada, que no ven ningún problema en alardear de ella; es más, para ellos, el problema lo tiene quien se niega a participar de esa violencia, o peor aún, quien cuestione esa normalidad.

Una crítica recurrente, tiene que ver con respecto a si el veganismo es colonialismo, supremacismo y privilegio blanco. Sobre el particular, recomendando leer y escuchar a antiespecistas no blancas y decoloniales como Ko y Ko (2017), Deckha (2020), Harper y Jones (2010) o Tarayra, citado en Faria (2019), entre muchas. También a tener en cuenta, que en el periódico Hareetz, Shpihgel (2015), expuso los resultados de un estudio

que confirmó que dentro de "Israel", el número de "árabes israelíes" (palestinos del 48) que eran veganos, doblaba al de los israelíes. Y es que, aunque lo vegano no quita la posibilidad de lo racista, no tiene mucho sentido que el colono de un país que se presenta como el más vegano del mundo, interiorice y use la animalización para aceptar o ejercer la violencia hacia la otredad palestina, teniendo a la vez en consideración a los demás animales.

Que alguien utilizase el término "ser humano" para describir a un compañero que cometía los crímenes contra las palestinas en Tantura, es un ejemplo de lo que significa el constructo social y cultural que entendemos como 'humano', que viene a ser aquel con derecho a dominar sin ser cuestionado. Y lo que desde el poder se entiende como 'lo animal', no es otra cosa que la base donde se construye la otredad: "podemos permitirnos no tener consideración hacia esos cuerpos, porque no son como nosotros".

Y esa normalización de la dominación, la razón por la que quizás cuesta tanto que el antiespecismo se tenga en cuenta dentro de otros movimientos de justicia social, porque no se analiza la complejidad e interrelaciones del sistema de dominación como tal. Nos han hecho creer que la dominación es una condición natural y que no hay otra manera de relacionarse con la otredad. De tal manera que, en muchas ocasiones, cuando se habla de

derechos para grupos minorizados o para los demás animales, quienes están en una posición superior en la jerarquía, lo ven una amenaza y hablan como si, al reconocer esos derechos y esa consideración, ellos pasasen a estar dominados. La dominación llega a estar romantizada, vista como una especie de virtud inherente al humano, gracias a todo el legado colonial, que es impermeable a la crítica y análisis social, especialmente cuando hablamos de los demás animales. Y es que la aceptación de esa idea de dominación humana hacia lo no humano, con la que la mayoría está totalmente cómoda, no deja de ser un caballo de Troya que esconde en sus entrañas los mecanismos perfectos para justificar, a ojos de los que creen estar en una mejor posición, toda violencia contra aquellos que sean empujados al lado de la animalidad.

Un ejemplo de lo anterior es la domesticación de los animales no humanos considerados de granja, que fue un proceso violento, que consistió en el asesinato de adultos y el sometimiento de las crías, además de encierros, castigos y asesinato de quienes se rebelaban contra la dominación. La jerarquía "humano/animal", se instauró en el imaginario colectivo. El colonialismo usó los mismos métodos para asegurarse de que todo el mundo aceptase su manera de ver el mundo a través de la dominación. Los colonos israelíes han usado la misma violencia para ello, y décadas después continúan usándola.

El portal PLANT BASED NEWS (2017), entrevistó a Alex Hershaft, superviviente del holocausto nazi y cofundador de Farm Animal Rights Movement (FARM)², quien, haciendo una crítica a la sociedad en general, expresó que esta “se estaba centrando en las víctimas en vez de en el propio cáncer de la opresión”. Y es que parece que las opresiones se cuestionan dependiendo de quiénes las sufran. Es como si en lugar de esforzarnos por acabar con la injusticia, estuviésemos poniendo todas nuestras energías en reclamar una posición mejor que la que nos ha tocado en la jerarquía. Y esto se debe a que seguimos sin querer cuestionar el sistema de dominación, negándonos a deconstruir lo aprendido con respecto a nuestra forma de relacionarnos con las diferentes otredades.

Por qué, si los humanos somos conscientes de la posición que se les ha otorgado a los animales no humanos, si cuando denunciemos un trato deplorable, lo ponemos al mismo nivel que el que reciben los demás animales, ¿por qué lo damos por sentado? ¿Por qué aceptamos como normal que haya cuerpos a los que se les trate de esa forma? Si somos conscientes de que la animalización es un arma poderosa contra la otredad, ¿por qué no unimos fuerzas para desarmarla en vez de estar reforzándola y cargándola con nuestra indiferencia hacia los no humanos y nuestra participación en su opresión? Pareciera que de todas las armas del supremacismo, la animalización es el arma que pocas personas están dispuestas a dismantelar.

Para quienes no se lo hayan planteado aún, hay que recordarles que el hecho de que la mayoría de la sociedad pueda mirar para otro lado ante violaciones de derechos humanos tan explícitas, está directamente conectado con la normalización de esas violencias en nuestro día a día, con lo que hacemos a los demás animales. Se nos ha acostumbrado a ver cadáveres en los mercados como ingredientes imprescindibles de nuestra cocina, a ver a animales encerrados y a justificar con excusas absurdas su encierro y explotación, a defender la experimentación sobre sus cuerpos ignorando su dolor...

Que hoy en día la gente pueda hacer su vida normal en medio de un genocidio como el que Israel lleva a cabo en Palestina, está directamente conectado con el hecho de que, a varios kilómetros de tu casa, haya un matadero en el que son asesinados entre cientos y miles de animales todos los días y que a nadie le parezca horrible.

Para dismantlar el sistema colonial en particular y el supremacismo blanco en general, tenemos que establecer lazos entre tres movimientos que considero los pilares que sostendrían un verdadero cambio en la sociedad: el ecofeminismo, la decolonialidad y el antiespecismo. Actualmente, estas corrientes están trabajando por separado en la gran mayoría de los casos, y mientras no se tomen en serio los tres en conjunto, se seguirá reforzando el sistema actual, por lo que el supremacismo blanco

² Para consulta de la Farm Animal Rights Movement (FARM), ver: <https://farmusa.org/>

permanecerá intacto. Al igual que Ko (2017), no considero que debamos simplemente intentar "humanizar" a grupos minorizados; esto no cuestiona los conceptos hegemónicos de lo "humano" y lo "animal", que mantienen intacto y en lo alto al supremacismo blanco y al especismo. Cualquier intento de "humanizar" a grupos que sufren violencia sistémica, es intentar demostrar cuánto se parecen al hombre blanco para que este les tenga en consideración, por lo que la supremacía blanca sale reforzada de todo esto. Y como he comentado antes, considero que esa es la razón de que el consumo de animales esté aumentando en países no occidentales, porque están guiándose por las reglas coloniales de lo que es humano y lo que no, y el dominar a los animales, es visto como una virtud de lo humano desde el punto de vista colonial, siendo la animalización y la racialización, entre otras, las bases que sostienen la dominación y el colonialismo.

Debemos recordarnos que todos somos animales y que no tenemos ningún derecho a dominar a nadie. Al decir o escuchar "nadie es libre hasta que todos seamos libres", debemos visualizar a los demás animales también. Cuestionemos la animalidad como arma de opresión y abracémosla como herramienta para desmontar los sistemas de dominación. Mientras "lo animal" continúe con la misma carga opresiva en nuestro imaginario colectivo, nada va a cambiar en nuestra forma de relacionarnos. Si no nos solidarizamos con todos

Imagen de Imagen de Gidon Pico en Pixabay



los cuerpos que han sido colocados en la parte de abajo de la jerarquía, jamás la desmontaremos. Al contrario, mientras sigamos pensando que hay vidas que importan más que otras, o que hay luchas de segunda, estamos reforzando esa jerarquía que nos oprime a todos los cuerpos que no encajamos con el estereotipo colonial de humano.

Finalizo con una pregunta que considero debemos hacernos: ¿estamos en contra de la opresión o estamos intentando encontrar una posición mejor dentro de la jerarquía?

Referencias

BBC Mundo. (2017). Los otros lugares contemplados para un Estado judío antes de la creación de Israel en territorio palestino. BBC News Mundo. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-41857911>

Black, I. (2009). Doctor admits Israeli pathologists harvested organs without consent. The Guardian. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2009/dec/21/israeli-pathologists-harvested-organs>

Business & Human Rights Resource Centre. (2019). Microsoft criticised for investing in Israeli facial recognition company allegedly conducting surveillance on Palestinians. Recuperado de



<https://www.business-humanrights.org/en/latest-news/microsoft-criticised-for-investing-in-israeli-facial-recognition-company-allegedly-conducting-surveillance-on-palestinians/> business-humanrights.org

PLANT BASED NEWS (2017). A Holocaust survivor, now vegan activist – Is there a line between animal and human suffering? [Video]. YouTube. <https://youtu.be/gNV26q89zYg>

CNN. (s.f.). Video appears to show Israeli soldiers sexually assaulting a Palestinian detainee. [Video]. <https://edition.cnn.com/2024/08/09/world/video/israel-sde-teiman-alleged-prisoner-abuse-footage-diamond-tsr-digvid>

Deckha, M. (2020). *Animals as Legal Beings: Contesting Anthropocentric Legal Orders*. University of Toronto Press.

Fabian, E. (9 de octubre 2023). Defense Minister announces "complete siege" of Gaza: No power, food or fuel. *The Times of Israel*.

Fanon, F. (2007). *Piel negra, máscaras blancas* (C. Romero, Trad.). Akal. (Trabajo original publicado en 1952).

Faria, C. (2019). Vivir bajo ocupación no es excusa para abusar y explotar a otras criaturas. Recuperado de <https://www.pikaramagazine.com/2019/05/animalismo-palestina/>

Feldman, Y. (2013). *The Lab. Gum Films*. <https://www.gumfilms.com/projects/lab>

Gvion, L. (2021). Vegan restaurants in Israel: health, environmentalism and mainstreaming. *Food, Culture & Society*, 26(5), 996–1013. Recuperado de <https://doi.org/10.1080/15528014.2021.2015941>

Haqiqatjou, D. [@Haqiqatjou]. (19 de septiembre de 2025). The peak of Israeli history was when they mass protested for the right to rape prisoners. [Video adjunto]. X. <https://x.com/Haqiqatjou/status/1969184810045255742>

Harper, A. y Jones, P. (2010). *Sistah Vegan: Black Female Vegans Speak on Food, Identity, Health, and Society*. Lantern Books.
Hughes, K. [@M0sstr00per]. (26 de diciembre de 2023). The Israel National Skinbank, founded by the Israeli military, is the largest skin bank in the world. [Video adjunto de Israel Channel 2 TV]. X. <https://x.com/M0sstr00per/status/1739768205260784092>

Ko, A., & Ko, S. (2017). *Aphro-ism: Essays on pop culture, feminism, and black veganism from two sisters*. Lantern Books.

Ko, A. (2019). *Racism as a zoological witchcraft*. Lantern Publishing & Media.



Imagen de hosny salah en Pixabay

Loewenstein, A. (2024). El laboratorio palestino: Cómo Israel exporta la tecnología de la ocupación a todo el mundo. Capitán Swing.

Lowen, M. (2024). Israeli protesters enter army base after soldiers held over Gaza detainee abuse. BBC News. Recuperado de <https://www.bbc.com/news/articles/c2q07kd3ld6o>

Palestine Chronicle. (2019). Israeli pharmaceutical firms test medicines on Palestinian prisoners. Recuperado de <https://www.palestinechronicle.com/israeli-pharmaceutical-firms-test-medicines-on-palestinian-prisoners/>

Palestine on a plate. [@palestineonaplate]. (17 de diciembre de 2023). Exactly what I was saying in my last post. They are telling you who they are and exposing themselves every single day. [Video adjunto de Channel 13]. Instagram. <https://www.instagram.com/reel/C0-YRZCo4ZD/?igsh=Z3lrMjFIYWw4NzZ1>

Perliger, A. (2024). Most Israelis dislike Netanyahu but support the war in Gaza: An Israeli scholar explains what's driving public opinion. The Conversation. Recuperado de <https://theconversation.com/most-israelis-dislike-netanyahu-but-support-the-war-in-gaza-an-israeli-scholar-explains-whats-driving-public-opinion-230046>

Schwarz, A. (Director). (2022). Tantura [Documental]. Breaking Silence LLC; Journeyman Pictures. <https://vimeo.com/ondemand/tantura2>

ShanghaiPanda [@thinking_panda]. (1 de agosto de 2024). In the JEWISH state, by JEWISH law, only a Jewish woman can be raped. Assault of a non-Jew is a lesser crime. [Imagen adjunta]. X. https://x.com/thinking_panda/status/1818946019352309879

Sebastian, C. (2023). 3 ways going vegan helped my anti-racism advocacy | Christopher Sebastian | TEDxTUWien [Video]. YouTube. <https://youtu.be/rVlzbOSPL5g>

Shpihgel, N. (2015). Veganism on the rise among Israeli Arabs. Haaretz. Recuperado de <https://www.haaretz.com/2015-09-13/ty-article/.premium/veganism-on-the-rise-among-israeli-arabs/0000017f-db2c-d856-a37f-ffecf2380000>

Sio, M. (2024). Israeli journalist urges rape to become state policy for Palestinian prisoners. Anadolu Agency. <https://www.aa.com.tr/en/middle-east/israeli-journalist-urges-rape-to-become-state-policy-for-palestinian-prisoners/3299001>

McCarthy, N. (2020). The countries that eat the most meat. Statista. Recuperado de https://www.statista.com/chart/3707/the-countries-that-eat-the-most-meat/?srsltid=AfmBOoohMT5FKIRg4df1Tfyrs_AillBUjStrZxu7LJ4VQdC3jPMuzV4q

Yanklowitz, S. (2025). Beyond Falafel – The Vegan Explosion in Israel. Recuperado de <https://blogs.timesofisrael.com/beyond-falafel-the-vegan-explosion-in-israel/>

Yasui, H. (2025). Animal politics and the rise of vegan nationalism in Israel. Critical Perspectives on Animals and Colonialism (Conference), Universidad Ca' Foscari, Venecia, 24 abril 2025.

Cortesía: Arlen Herrera



Super la Criatura

Arlen Herrera Terán

Un encuentro que
transforma y deja
huellas más allá de las
palabras

Sobre la autora

Arlen Siu (seudónimo) escribe desde Quito, Ecuador, es artista multifacética, realizadora audiovisual, comunicadora y radialista desde hace 8 años. Hace parte de distintos procesos autoorganizativos de contrainformación y contracultura, incluyendo procesos de ollas comunitarias antiespecistas desde la iniciativa Comida No Bombas Kitu. También escribe y hace canciones.

laformacontracultura@gmail.com

Quiero contar la historia de Supertramp, el Perro.

No es una historia magnífica ni extraordinaria.

Sólo es una historia real, de un ser cuyo nombre nunca supe ni sabré, o si alguna vez lo tuvo. Nosotras le llamamos Supertramp, o Super. Así, en longo. No en gringo.

Supertramp el Perro, fue –y es– una de esas criaturas que trastocan y sacuden un poco la existencia. Por eso cuento su historia, o más bien, el fragmento de historia que vivimos con él. Porque cuando un ser tiene tanto aguante como lo tuvo él en este mundo miseria, creo que la memoria merece y necesita volverse palabra; aquella que vibre y resuene en otros ojos u oídos, para que nunca permitamos que el olvido sepulte a nadie

ni nada que haya encendido nuestra empatía, nuestro coraje, nuestra ternura y también nuestra rabia.

Al Super lo conocimos una mañana, casi al mediodía. Era verano y hacía mucho sol, casi sin sombras en la calle. El sofoque cotidiano de la impredecible selva de cemento nunca me había parecido tan pesado.

Cuando crucé y lo vi, pensé –ilusamente– que el Super se estaba refrescando de una manera peculiar: tenía su largo cuerpo en un estrecho espacio, semejante a una canaleta, entre el pedazo de césped y el borde de cemento de lo que conocemos como vereda o acera.

Obviamente me acerqué a saludarle. Entonces vi sus largas y flaquitas patas apuntando hacia arriba, dibujando su cuerpo –también flaco y largo– de una manera algo improvisada, no sé, pero no natural; como si su cuerpo desgastado hubiera escogido el lugar más próximo para dejarse caer.

Y ahí estaban: él y su cuerpo descansando.

Y así se quedó. –Me dijeron algunos vecinos que se acercaron cuando me acerqué–. Bajaba en medio de la calle tambaleándose y luego se echó. Y así se quedó.

Mientras me contaban que le habían dado agua y que la bebió, despacio, pero la bebió; que también le ofrecieron unos pedazos de pan y los comió –esos sí, rápido los comió–, las voces de esas personas, que ahora ya no tienen rostro en mi memoria, sonaban y se perdían en mi cabeza.

Yo sólo veía los ojos del Super. Le veía a los ojos, veía en sus ojos.

Nunca supe si él me veía a mí o no. No por ceguera, sino por una especie de ausencia.

Sus ojos, negros y redondos, estaban muy abiertos, extrañamente vívidos. Así estuvieron cada día que convivimos con él.

Y digo extrañamente vívidos porque parecían estar desconectados de lo que ocurría en su cuerpo, como si fueran dos seres distintos conviviendo en una misma piel.

Su cuerpo estaba muy maltratado, deshidratado y, por eso, extremadamente débil. Parecía que quería rendirse, pero sus ojos no. O quizá ya se habían rendido y, por eso, no reflejaban dolor en su mirada.

Su edad era imprecisa, pero no era un perro joven. Tal vez siempre pensó que el maltrato era la vida, su vida; quizá su

rendición empezó desde que comenzó a vivir, y por eso su mirada era así, como decidiendo estar ausente de su cuerpo...

Me puse de pie, sin dejar de mirarlo. Sabía –sin saberlo aún– que, si alguien más no daba el paso para levantarlo y ayudarlo, yo no me podría ir de ahí sin él.

Y nadie lo dio.

Entonces lo levantamos, con mucho cuidado. Se sentía que cualquier mal movimiento podría quebrarlo. Caminábamos despacio, él no se resistía, sólo se entregaba.

Nuestra vecina veterinaria, con el mismo cuidado y empatía que nosotras, lo revisó desde la superficie –marcada por numerosas cicatrices– hasta la profundidad de las heridas internas en su intestino grueso, causadas, según nos dijo, por objetos introducidos en su cuerpo a manera de violación. Por eso su cuerpito fallaba al digerir y expulsaba lo que comía.

No había mucho más que nuestra vecina pudiera hacer. Nos fuimos con el Super y algunas medicinas que nos regaló para hidratarle y fortalecerle con vitaminas.

Así convivimos con el Super casi tres semanas.

Dormía al pie de la cama, primero, y luego en un rincón de más espacio para él, siempre sobre unas cuantas cobijas que le regalamos. Comía con un apetito natural, como si se sintiera sano, disfrutando su comida. Eso siempre nos alegró.

Limpiábamos su espacio varias veces al día, lavábamos y cambiábamos sus cobijas, aunque el olor de lo que su magullado esfínter no podía retener era casi constante. Nunca me afectó esto. Lo realmente preocupante era la sangre en las manchas que sus fluidos dejaban repetidamente en las cobijas.

Casi no se levantaba. Nunca sabremos si era porque se sentía cansado y no quería hacerlo, o porque su frágil cuerpo no respondería, aunque él quisiera moverse más. Sea como sea, su mirada estaba tranquila.

A veces se paraba y daba cinco, seis o siete pasos, todos lentos; se quedaba de pie unos instantes y luego se acostaba nuevamente. Tranquilo. Como si con eso tuviera suficiente en el día y se echara a disfrutar de su merecido descanso.

Tampoco sé si era su cuerpo el que dudaba de dejarse ir, y él, con su mirada ausente de su cuerpo, sólo le estuviera esperando, sabiendo que no podía dejarse morir sin él... o viceversa.

Y aunque su linda mirada por momentos nos confundía y nos hacía pensar que mejoraba –que comía bien y que un enfermo que come no muere–; que estaba volviendo a engordar, aunque fuera un poquito, una y otra vez la sangre que no cesaba de aparecer nos hacía aterrizar a la realidad: quizá no empeoraba por los cuidados, pero en ningún momento mejoraba realmente.

Su cuerpito siguió flaco y débil, y su mirada, profunda y tranquila, como cuando lo conocí.

Un día nos vimos frente al abismo que se abre cuando se trata de decidir algo que está mucho más allá de cualquier moral. Y, como siempre que eso sucede, la indiferencia no era una opción.

Y por eso, esta historia no deja ninguna moraleja ni lección, sino que deja memoria, cargada de rabia, de un profundo y ardiente desprecio por alguien que no conozco, pero que probablemente encarne todo lo que está podrido en este mundo enfermo.

Porque, entre el dolor de ver sus lindos ojos apagarse y la carga de contradicciones que supone tener en las manos una existencia en sufrimiento, junto con el asco de asumir que “la vida es así”, también gritaba la indignación.

Aceptar que la vida es así, que generaciones enteras de seres –animales y humanos– nacen y nacerán solamente para morir explotados en manos de unos cuantos/as bastardos/as miserables, por su insaciable codicia, su estúpida sed de poder, su despreciable y nocivo egoísmo, me resulta inconcebible, me produce náuseas.

Y al final no importa si alguien aprende algo o no de esta historia, porque el Super existió y eso es lo que me interesa. Que todo lo que su corta o larga presencia sacudió en mí –la ternura nacida de la espontaneidad, la rabia y el coraje de su historia no contada– se rieguen como semillas, como bombas. Y que exploten cuando tengan que explotar.

Que quede grabado en el tiempo que no me arrepiento ni un minuto del cariño que le di, de los cuidados que intentamos, de las tempestades mentales que hubo y hay que afrontar. No me arrepiento de haber acompañado su dolor y su tranquilidad, ni siquiera por un segundo me arrepiento del odio eterno a la tiranía.

Nos despedimos del Super entre lágrimas de dolor y rabia (nuestras) y suspiros de alivio y descanso (suyos), el verano del 2017.

A todos los caninos y caninas, felinos, aves y criaturas que sobreviven, evaden, aguantan y atacan la estupidez humana por vivir en una selva –¿o celda? – de cemento impuesta.

No nos perdonen nunca.

Arlen Siu
Kitu, Ecuador
Verano, 2020 / 2025



Cortesía: Pablo Zagt

Pensar las Territorialidades Marinas desde su Co-Producción Multiespecie entre las Orcas Ibéricas y Personas en el Estrecho de Gibraltar

Pablo Zagt Hernández

El mar como territorio
compartido entre orcas
y humanos

Sobre el autor

Graduado de la licenciatura en Geografía de la Universidad de Costa Rica, y de la maestría en Geografía Política de la Universidad de Ámsterdam. Sus intereses académicos giran alrededor del mar, el territorio, las relaciones multiespecies, y más recientemente, las geografías digitales. Actualmente se encuentra realizando sus estudios doctorales en Geografía Política en la Universidad de Ámsterdam.
pablozagt@hotmail.com

Las orcas ibéricas (*Orcinus orca*), una subpoblación que habita desde el Estrecho de Gibraltar hasta el norte de Galicia, se han vuelto famosas tras las interacciones con botes desde la primavera del 2020. A estas orcas las han llamado “orcas Gladys” - de gladiadoras - aunque inicialmente solo una abuela orca lleva ese nombre. Gladys fue quien empezó a romper timones de barcos hasta tal punto que los hundía (Esteban et al., 2022; Hamilton, 2023). Los biólogos marinos aún debaten las causas de estos comportamientos. Una teoría sugiere que Gladys tuvo una experiencia traumática con un bote y desarrolló un comportamiento adverso que enseñó al resto de su familia. Otra teoría propone que simplemente disfrutaban romper timones como forma de juego (Esteban et al., 2022).

Durante mi maestría en Geografía Política, decidí investigar estas interacciones buscando qué sentidos de territorialidad y territorio emergían de ellas. Este ensayo explora el mar como territorio co-producido por humanos y orcas ibéricas, para acercarnos a una forma de entender las territorialidades marinas multiespecie.

Contexto

El Estrecho de Gibraltar es un espacio de encuentros que conecta el Mediterráneo con el Atlántico, separando Europa de África. La relación orca-humana es antigua, y ha estado mediada por otra especie: el atún rojo (*Thunnus thynnus*). Estos peces migran anualmente de las aguas frías de los polos hasta el Mar Mediterráneo para desovar. Las orcas desarrollaron una estrategia en donde esperaban a los atunes en aguas poco profundas para acorralarlas. Los neandertales aprovechaban y pescaban a los atunes que saltaban a las costas escapando de las orcas. Posteriormente, los fenicios inventaron un arte de pesca llamada almadraba, en el cual usan a las orcas para localizar los bancos de atunes. Los romanos heredaron estos conocimientos y establecieron saleras a largo de la costa mediterránea española para conservar la carne de atún (Chrisholm, 1922). Con la industrialización de la pesca, la población del atún rojo ha declinado, amenazando simultáneamente a las orcas

ibéricas. Un censo del 2011 registró tan solo 39 individuos, dándole campo en la lista roja de la UICN.

Es importante entender que las subpoblaciones de orcas (u ecotipos), tienen comportamientos culturales únicos. Las orcas ibéricas, por ejemplo, se caracterizan porque han aprendido a pescar atunes robándole a los pescadores, y más recientemente, a romper timones, siendo este un comportamiento nuevo característico de su cultura (Esteban & Foote, 2019).

Territorio

Para entender estas interacciones multispecies, empleo como concepto central el territorio. Cuando pensamos en esta palabra seguramente pensamos en un espacio delimitado, superficial, o un espacio estático, o en el Estado o incluso en conflictos. Todo lo anterior es parte de la conceptualización del territorio, pero corrientes como la latinoamericana y la multispecie consideran el territorio como un espacio de vida el cual no está separado de nuestros cuerpos (Haesbaert, 2023; Lorimer & Hodgetts, 2024). El reto aquí es pensar en cómo seres no humanos participan en esta producción, al igual que pensar territorios que no sean terrestres, como, por ejemplo, el mar. Lo último presenta algunos retos, como pensar el territorio de forma volumétrica, fluida y procesual (Elden, 2013; Grundy-Warr et al., 2015). Algunos

autores argumentan que incluso hay que conceptualizar el mar como una fuerza y ontología, no tanto como territorio (Peters & Steinberg, 2019). Pero eso no es lo que mis experiencias me han enseñado. El mar también es base material y simbólica para la producción de territorios y lugares, con nombres e historias que le dan un sentido situado y profundo.

Metodología

Tuve dos aproximaciones metodológicas desde la etnografía multispecie que indaga en la pregunta: "¿cómo una multitud de comunidades de organismos influye y son influenciados por fuerzas políticas, económicas y culturales?" (Kirksey & Helmreich, 2010, p. 546). La primera aproximación fue online donde revisé archivo documental, vi entrevistas, reportajes, documentales, leí artículos de periódicos de España (El Diario Cádiz) y otros de índole más internacional, como el Daily Mail, The New York Times, The Guardian y LiveScience. También analicé los grupos de Facebook Orcas ibéricas y Orcas attack, en donde recopilé comentarios de participantes. Mi segunda aproximación fue ir a Tarifa (offline), el pueblo más sureño de Europa continental ubicado en España. Ahí realicé observaciones de campo y entrevistas a personas locales, a guías turísticos y biólogos.

Resultados

Narrativas Contrastantes

Por un lado, hay una narrativa con tono agresivo y de preocupación por parte de los navegantes que predomina en los periódicos de habla inglesa. Por tanto, es la narrativa hegemónica. En las redes sociales, los navegantes describen a las orcas como "agresoras", "mamíferos peligrosos" y "hooligans del mar", creando y reforzando un discurso de conflicto. De forma contraria, otras fuentes aluden a que las personas navegantes son las verdaderas agresoras, tomando una posición "pro-orcas" y aludiendo que el mar es el hábitat de estas.

Esta división y contraposición se debe a que: a) lo navegantes no siguen instrucciones de navegar en aguas poco profundas (30 metros o menos); y b) muchos europeos occidentales obtienen licencias fácilmente sin familiarizarse con la navegación, aumentando las interacciones. Por ende, las instrucciones aparentan no funcionar, por lo que lleva a las personas a tomar el asunto por sus propias manos y a resolver tomando medidas extremas como instalar picos en los timones, disparar a las orcas con bengalas e incluso poner música metal a todo volumen para ahuyentarlas.

Desde esta esfera online, se presentan las espacialidades de las orcas y las humanas como opuestas, lo que produce una visión de la realidad simplificada y binaria. Esta realidad simplificada alega por un lado que el mar es el hábitat de las orcas; por otro lado, que el mar es un espacio humanizado y las orcas se deben adaptar. Así, el mar se convierte en un espacio contestado.

No obstante, también encontré otras formas de referirse a las interacciones y que valen la pena visibilizar para contrarrestar el discurso hegemónico. El Diario Cádiz, el periódico regional del sur de España, destaca el rol del Salvamento Marino, los guardacostas. En este periódico, se describe a la orca como habitante ancestral del mar, quien ha participado en las relaciones sociales con sociedades como la fenicia, romana y árabe. Por el mismo lado, algunos testimonios de navegantes afectados señalan que durante las interacciones "estás asombrado, pero al mismo tiempo nervioso", y que "fue una sensación agradable verlos así. Eran animales tan grandes...y que fue extraordinario ver animales tan grandes cerca de ti. El agua de los respiraderos te llega a la cara". Otros navegantes han apostado por la idea que todas estas interacciones han unido diferentes comunidades de humanos como pescadores, navegantes y científicos para encontrar soluciones en conjunto. Ante tanto contraste y ruido que me encontré en la esfera online, decidí ir a Tarifa a ver qué pasaba ahí y qué se decía.

'Scary moment' three killer whales ATTACK Ocean Race boat: Video shows orcas ramming vessel and biting rudders as crew desperately try to drive them off near Gibraltar

- The killer whales circled the Dutch yacht before the frenzied attack

En Tarifa, sorprendentemente, nadie hablaba de las orcas. Las personas discutían sobre atunes, viento, turistificación y fútbol. Las referencias a orcas aparecieron principalmente en el sector turístico-conservacionista, donde un guía explicó que las orcas son famosas ahora. En otras palabras, para la población humana tarifeña, las interacciones han traído beneficios tanto a personas como a orcas, porque se "protege lo que se conoce".

Otro biólogo me relataba la evolución histórica de las interacciones entre orcas-humanos, dando a entender que el

turismo ha mejorado estas relaciones. En 2005, la percepción de las orcas era "super mega hiper" negativa por conflictos con pescadores. Del 2005 al 2012, no hubo crías por el declive del atún. Tras esfuerzos de conservación, la primera cría apareció en 2012. Estas crías aprendieron que los barcos turísticos eran inofensivos. En 2016-2017, las crías crecieron y se acercaron más. En 2020 comenzaron las interacciones actuales, relacionadas con confianza y curiosidad. Es decir, las interacciones son vistas como acciones positivas de confianza.

A esta perspectiva histórica eventual, hay que considerar los factores socioeconómicos en las interacciones. Según el biólogo,

el contraste entre lo que se lee en las noticias y lo que se vive en Tarifa es porque a) el tono amarillista favorece el dramatismo mediático; b) los pescadores, quienes realmente sufren más por las interacciones con las orcas, carecen de plataformas para quejarse; c) los navegantes de Europa nor-occidental tienen mayor poder económico y, por tanto, mediático; d) las redes sociales amplifican voces globalmente.

Muchos navegantes son turistas de Europa nor-occidental que van a navegar al Caribe o al Mediterráneo, con botes de 25.000 a 550.000 euros. Estos botes de 5-21 metros, la mayoría yates o veleros, son el tamaño y tipo favorito de las orcas (estas no rompen el timón de barcos pescadores, por ejemplo). Muchos navegantes extranjeros desconocen las orcas y mantienen imaginarios de peligrosidad por el nombre "ballenas asesinas" (originalmente "asesinas de ballenas").

Relacionado a esto en las redes sociales, la mayoría de las discusiones venían de personas que no viven ni en España ni en Portugal. Es decir, la narrativa de estas interacciones la dominan personas de Europa nor-occidental (de Francia hasta Suecia). Lo mismo pasa con el amarillismo. El periódico más sensacionalista era el Daily Mail que es inglés. Según un biólogo, estos "ataques" solo afectan al 1% de los navegantes, por lo que todo el problema se debe a un "fenómeno festivo sociológico que se da en las redes sociales".

Discusión y conclusión: Desterritorializando la Agresión

El enfoque territorial desde la agresión es problemático. Los navegantes territorializan el mar a través del barco, convirtiéndolo en territorio defendible. Simultáneamente, se atribuye a las orcas una territorialidad defensiva-agresiva. Esto crea un problema por el acceso y la navegación al mar. Una competencia entre el ser humano y las orcas por el espacio como recurso. Esto simplifica tanto el territorio como las agencias humanas y no humanas.

Por tanto, hay que desterritorializar la agresión – esto es, deconstruirla. Para empezar, hay que entender si las orcas son animales territoriales, y en qué sentido. Por consiguiente, es necesario entender que la territorialidad es tanto un área, como un comportamiento. Dicho de otro modo, la territorialidad es una práctica.

Las orcas son una especie cosmopolita. Se encuentran alrededor del mundo. Pero algunas de estas especies se dividen en ecotipos según las áreas donde se especializan. Estos ecotipos representan una territorialización. Las orcas ibéricas han territorializado el Estrecho de Gibraltar; lo han cultivado. Han territorializado las corrientes, la luna, las líneas de pesca y ahora, los botes. Las orcas ibéricas representan la experiencia de un fragmento del mundo, por lo que no se puede entender el Estrecho sin las orcas ibérica.

TURMARES.com

Venta Online

Visión Submarina - Glass Bottom Boat

696 44 83 49



maestrosbordados@gmail.com
426 01 11 67

Cortesía: Pablo Zagt

Las orcas son matriarcales, en donde la figura más importante es la de la abuela. Las orcas pueden vivir hasta 90 años, y pueden transmitir sus conocimientos y memorias a generaciones más jóvenes, como las técnicas de caza, los juegos y los traumas. Entre familias de orcas, se cuidan a las crías. Es como un barrio en donde una mamá puede cuidar la cría de otra orca. Además, la relación cría y madre es un vínculo emocional y psicológico muy fuerte. Si la mamá muere, la cría muere. Cada orca tiene su propia orcanalidad, y algunas de ellas pueden ser juguetonas, que, en la experiencia humana, se confunde con agresividad. Es decir, las mismas características y comportamientos con las que juegan, son las mismas que cuando se consideran agresivas.

Por ende, el debate sobre por qué las orcas están destruyendo los timones es más una decisión política que un asunto de encontrar la "verdad". Independientemente si están jugando o si son agresivos, los resultados materiales son los mismos. Esta decisión política tiene un impacto en cómo las comunidades humanas y no humanas se relacionan. Es decir, qué territorio queremos construir, y de qué manera queremos coexistir. Para llevar a cabo políticas territoriales que tengan un impacto en la realidad, tenemos que considerar cada agenciamiento subjetivo y colectivo de cada ser. Esto es, reconocer la complejidad y las relaciones simpoiéticas (crearse mutuamente). Es reconocer que el mar es un territorio multiespecie que es volumétrico, histórico, y que se está reconfigurando constantemente.

Tanto las comunidades de humanos como de orcas producen territorialidades simultáneamente. Las interacciones entre estas dos comunidades no se deben a que haya una competencia en ver quién es "dueño" del mar, o por el simple hecho de que el Estrecho es un espacio geográfico que determina encuentros. Las interacciones pasan porque hay esfuerzos activos en tratar de entenderse mutuamente y que proclaman nuevas formas sobre cómo convivir. Las orcas se están tratando de comunicar: o no les gustan los yates, o les parecen extremadamente divertidos.

Reconocer el mar como territorio multiespecie es, entonces, cuestionar la excepcionalidad y supremacía humana. El debate alrededor de las interacciones es un debate territorial, pero este no implica que sea negativo, sino que lo que se debate son las formas en cómo múltiples especies producen afectivamente y materialmente el mar. Pensar territorialmente el caso de las orcas ibéricas representa una oportunidad de intervenir en formas más compasivas de relacionarse, y de retar activamente las representaciones simplistas sobre las orcas y las de personas que reducen al mar a un espacio contestado.

Referencias

Elden, S. (2013). Secure the volume: Vertical geopolitics and the depth of power. *Political Geography*, 34, 35-51. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2012.12.009>

Grundy-Warr, C., Sithirith, M., & Li, Y. M. (2015). Volumes, fluidity and flows: Rethinking the 'nature' of political geography. *Political Geography*, 45, 93-95. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2014.03.002>

Haesbaert, R. (2023). TERRITÓRIO. *GEOgraphia*, 25(55). <https://doi.org/10.22409/GEOgraphia2023.v25i55.a61073>

Kirksey, S. E., & Helmreich, S. (2010). THE EMERGENCE OF MULTISPECIES ETHNOGRAPHY. *Cultural Anthropology*, 25(4), 545-576. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01069.x>

Lorimer, J., & Hodgetts, T. (2024). *Key ideas in Geography: More-than-human*. Routledge.

Peters, K., & Steinberg, P. (2019). The ocean in excess: Towards a more-than-wet ontology. *Dialogues in Human Geography*, 9(3), 293-307. <https://doi.org/10.1177/2043820619872886>



Ilustración digital, Irma Arce, 2025